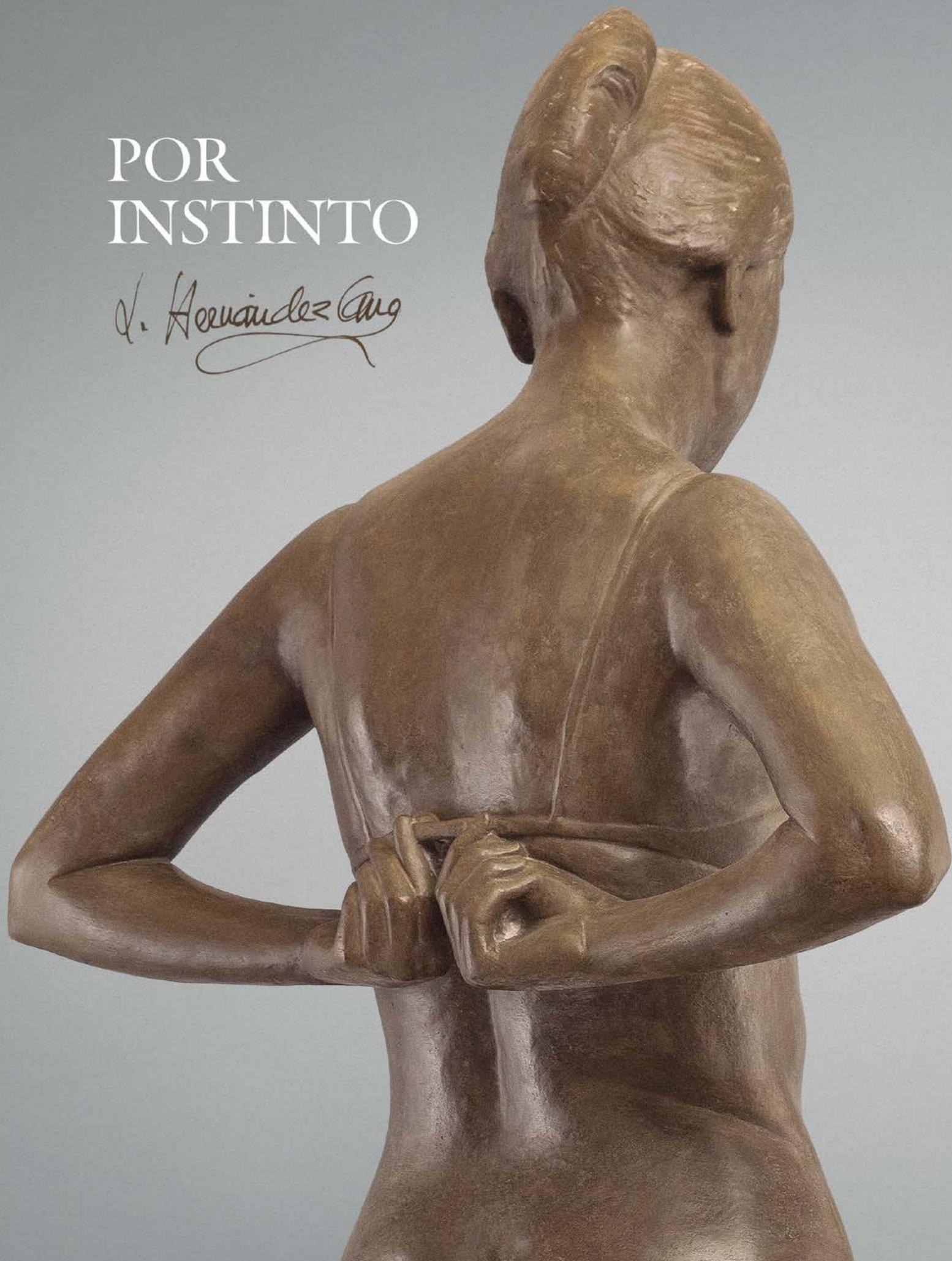
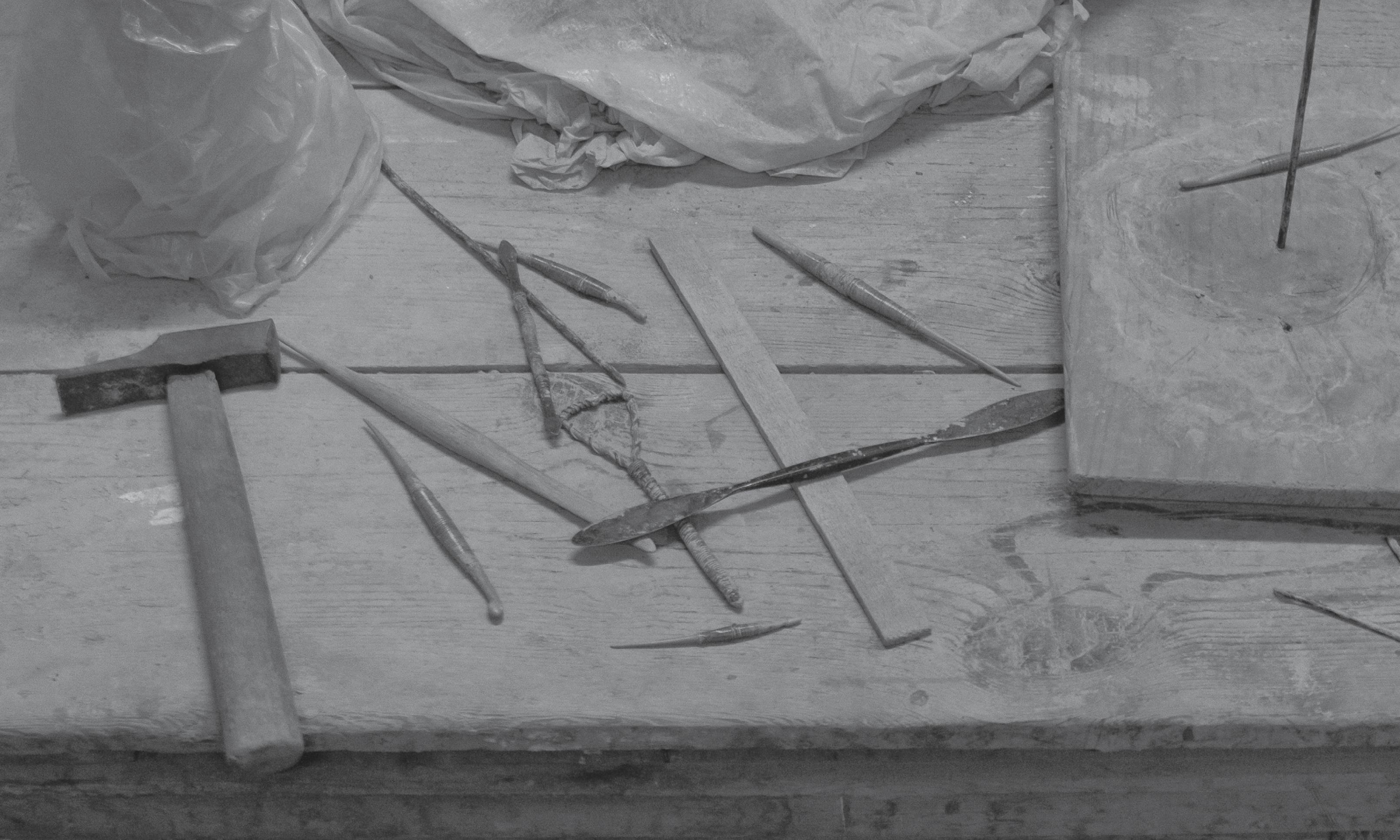


POR
INSTINTO

V. Hernández Cruz







POR
INSTINTO

JOSÉ
HERNÁNDEZ
CANO

1931 - 2017

J. Hernández Cano

*El hombre de talento es aquel
que lo sabe todo por instinto.*

Píndaro de Cinoscéfalos
poeta lírico de la Grecia clásica

**COMUNIDAD AUTONÓMA DE
LA REGIÓN DE MURCIA**

Presidente

Fernando López Miras

Consejera de Educación y Cultura

Esperanza Moreno Reventós

Secretaría General de la Consejería

Juana Mulero Cánovas

Vicesecretaria de Educación y Cultura

María Pilar Moreno Hellín

Secretario Autonómico para la Cultura

Juan Antonio Lorca Sánchez

Director General de Bienes Culturales

Rafael Gómez Carrasco



La Cascada
ca. 1984
Barro patinado
41x9x10 cm.

EXPOSICIÓN

PROMUEVE Y ORGANIZA

Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.
Consejería de Educación y Cultura
Dirección General de Bienes Culturales
Museo de Bellas Artes de Murcia

Hernández Cano. Por instinto
6 de febrero – 19 de abril de 2020

COLABORA

EL POZO Alimentación SA

COMISARIAS

María Isabel Hernández Monllor
Elisa Isabel Franco Céspedes

COORDINACIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Servicio de Museos y Exposiciones
Dirección General de Bienes Culturales

TRANSPORTE Y MONTAJE DE OBRA

Pepe Gómez

SEGURO

HISCOX

AGRADECIMIENTOS

Tomás Fuertes Fernández
José Ángel Cerón
Javier Bernal Casanova
Manuel Lechuga Galindo
María Isabel Serna
Real Academia Alfonso X El Sabio
Real Academia de Bellas Artes de Santa María de la Arrixaca
Cristóbal Belda Navarro
Santiago Delgado
Pedro Soler
Pedro Guerrero
José Lucas
Juan Espallardo
Loreto López
Beatriz Olmo
Juan Bautista Sanz
Carlos Valcárcel Siso
María Isabel Valcárcel Siso
Antonio Castillo
María Dolores Arcas
José María Parra
Miguel Ramón Martínez Molina
Alfonso Hernández Espín
Raquel Gómez
Dolores Balsalobre Martínez
Ramón García Gómez

Eva Guerrero (Cámara de Comercio de Murcia)
Colegio Fomento Monteagudo
D. Juan Fco. Ortega (Parroquia Virgen del Rosario, Barranda)
D. Francisco Moya (Parroquia San Leandro, Cartagena)
D. Miguel Ángel (Parroquia Santa Cruz, Campillo de Lorca)
Archicofradía Nuestro Padre Jesús Nazareno (Alhama de Murcia)
Iglesia del Carmen (Murcia)
Ayuntamiento de Ceuti
Ayuntamiento de Cieza
Ayuntamiento de Mazarrón
Mariola Monllor Molina
Sergio González Sanz
Santi Morales Tortosa
Miguel Ángel Martínez López
Rafael Hernández Valera

CATÁLOGO

EDITA

Comunidad Autónoma de la Región de Murcia
Consejería de Educación y Cultura
Dirección General de Bienes Culturales
Museo de Bellas Artes de Murcia

TEXTOS

Cristóbal Belda
Santiago Delgado
Pedro Guerrero
José Lucas
Pedro Soler
María Isabel Hernández

COORDINACIÓN EDITORIAL

Servicio de Museos y Exposiciones

FOTOGRAFÍAS

Sergio González Sanz
Paco Salinas. Págs. 132 y 138

DISEÑO

Gurulab

IMPRESIÓN DEL CATÁLOGO

Libecrom, S.A.

Depósito Legal: MU-1372-2019

ISBN: 978-84-7564-778-4

© de los textos: los autores

© de las fotografías: los autores

© de la presente edición: Comunidad Autónoma de la Región de Murcia. Consejería de Educación y Cultura. Dirección General de Bienes Culturales



EL LEGADO DE JOSÉ HERNÁNDEZ CANO

Esperanza Moreno Reventós
Consejera de Educación y Cultura

Siguiendo las líneas de trabajo marcadas dentro de la programación del Museo de Bellas Artes de Murcia, de nuevo les ofrecemos una exposición dedicada a uno de los grandes creadores murcianos, el escultor José Hernández Cano. En la muestra recorreremos la trayectoria artística de un creador hecho a sí mismo, enamorado del arte y la historia, de fuertes creencias e ideales, observador y amante de la naturaleza y la tierra, y un hombre bueno.

La exposición “Por instinto. José Hernández Cano” nos adentra en su universo creativo a través de las temas que el solía representar en sus obras: el retrato, el desnudo, el estudio reinterpretado de las grandes creaciones de la historia del arte, figuras de animales, los toreros y toreras llenas de gracia, movimiento y delicadeza, en un arte no cruento en el que al artista le interesa “la gracia y el duende”, la puesta en escena, obviando siempre la muerte, el sufrimiento, el sacrificio; sus tios secos, tan característicos de su producción, y también, sus muestras de arte religioso, pasional o de altar, monumental o íntimo.

Acogemos en esta exposición del Museo de Bellas Artes de Murcia la producción de un artista completo que forjó su destino en Murcia, renunciando, por amor a su tierra a obtener una mayor proyección trabajando fuera de ella, deseadado poder estar cerca de la huerta que tanto amaba, de su querido mar de Mazarrón, de los paisajes y cielos de esta región que tanto amó.

Y trabaja investigando, probando materiales, estudiando a los grandes maestros, observando el vuelo de las palomas, retorciendo las posibilidades del bronce y dominando el mármol. Inventando nuevas patinas, a manera de alquimista que persigue la inmortalidad. Siguiendo el proceso de sus obras en la fundición, aún a riesgo de su propia salud, o trabajando la piedra hasta quebrar sus fuerzas. Porque nada en el se hacía sin pasión, nada sin convicción ni entrega.

No fue José Hernández Cano persona dócil, ni manejable, sino antes bien librepensador concienciado y luchador contra la injusticia. Amigo de sus amigos, con los que habla, come, discute y disfruta cada instante (José María Párraga, Elisa Seiquer, Pepe Marcos, Aurelio, Pepe Lucas, Antonio Segado, Pedro Guerrero...), y tierno en sus grandes amores: su hija y su mujer, ambas presentes en la muestra con delicadas creaciones.

Contemplamos en el compendio de setenta y tantas obras, el legado creativo de un gran artista.

Contemplamos, en este recorrido de setenta y tantas obras, el compendio creativo de un gran artista.

**Torero con capote
al vuelo**
1ª década del 2000
Barro patinado
62x28x20 cm.



En reposo
Barro patinado
49x54x23 cm.

UN SOPLO DE AMOR Y DE TERNURA

Cristóbal Belda

Real Academia de Bellas Artes

Santa María de la Arrixaca de Murcia

Siempre es importante escribir sobre escultura, la hermana menos favorecida de las artes, para poner de relieve el esfuerzo que supuso su práctica a quienes se aventuraron a ejercer semejante oficio. A pesar de que en un determinado momento se reivindicara ese menester invocando la naturaleza escultórica del mundo como una gigantesca escultura, no siempre la imagen del escultor gozó del beneplácito de una sociedad que menospreciaba el esfuerzo físico y la habilidad por su menor condición intelectual y por ser el resultado, así se pensaba, de una simple destreza manual.

Es posible que en el rango menor reservado a la escultura tuviera mucho que ver la imagen del artista del humanismo, dotado de un soporte teórico e intelectual capaz de presentarse a los ojos de la sociedad en un rango superior al mostrado por aquellos proteicos artifices siempre dispuestos a luchar contra la dureza de un material al que habría de dominar para desvelar la capacidad figurativa escondida en su interior.

La escultura siempre fue un arte difícil y no sólo por las consecuencias del famoso parangón sino por las dificultades inherentes a un oficio para el que se requería una visión integral del hombre y de las cosas. Era cierto, como decía Palomino, que la pintura no era más que una mentira cuyo fundamento era la verdad para desvelar la capacidad de seducción del artista proponiendo temas y figuras que se movían en un espacio fingido como si fuera el del mundo real bajo el control de unas reglas precisas. Si esos conocimientos reservados para mostrar la autenticidad de una ilusión ya significaron un avance importante en la sugerencia de la verdad, la escultura añadió otros matices propios como la conquista del espacio, la multiplicidad de escenarios o la posibilidad de dotar a esa imaginaria visión de un significado real.

El escultor no trabajaba con ficciones sino con realidades, con volúmenes y formas que encontraban su equivalente en la realidad entendida como un modelo evocador de otras realidades menos perceptibles. Así se fue forjando la entidad intelectual de un menester (de ministerium), es decir, de un sistema intelectual y manual, de pensador y de artesano, que valoró la función de la escultura como una totalidad con la que el hombre se identificaba tanto si se representaba a sí mismo, dotado de corporeidad, como si evocaba ideales y sentimientos enlazados con sus creencias.

La escultura fue alcanzando en la sociedad un lugar preeminente unido a los espacios de la ciudad, al interior de las viviendas o a la soledad mística del santuario, convirtiendo su presencia en un instrumento imprescindible de comunicación del hombre con su pasado, con su presente o con un futuro deseado visto en la pacífica beatitud de las cosas sagradas. Y en cierto modo la escultura fue conquistando un lugar en la mentalidad social tan decisivo que su

silencio siempre fue entendido como un mensaje de dignidad o de olvido sin necesidad de palabras.

No hacían falta palabras, sólo miradas. La perfección de la estatua era suficiente para entender los valores que el artista había dejado prendidos en ella hasta el punto de que la complicidad de modelo y contemplador era capaz de entender los significados ocultos bajo su bella apariencia. Del silencio de las estatuas hablaba Francisco de Holanda cuando refería el camino de vuelta de Miguel Ángel en sus recorridos por Roma para contemplar la lección del pasado como modelo de aprendizaje y, también, de vida y de conducta. Y es que el lenguaje de la escultura se basa en una serie de signos convencionales transmisores de un caudal de sentimientos reconocido por todos los escritores del pasado y del presente como “el sueño de un mármol”, “como soplo de amor y ternura”, en la que habitaba, decía de ella Amado Nervo, “el relámpago de la divinidad”. No es ocasión de recorrer todos los itinerarios de la escultura en la vida de la sociedad para entender la forma con que sus valores permanecieron vivos a lo largo del tiempo, pero sí es conveniente recordar que los afectos proyectados sobre la estatua tuvieron una eficacia mayor que en las restantes artes. El hecho de poder comunicarse con el hombre a través de esa forma de robar al tiempo su capacidad para el olvido y de hacer permanente lo que no es más que una efímera apariencia, ya la dota de una eternidad que suscitó, según Plinio, la envidia de los dioses porque hacía al hombre inmortal como ellos.

Esa idea de la divinidad escondida (como una latens deitas a lo Tomás de Aquino) fue precisamente el motivo fundamental del poema de Amado Nervo:

*Como duerme la chispa en el guijarro
y la estatua en el barro,
en ti duerme la divinidad.*

*Tan sólo en un dolor constante y fuerte
al choque, brota de la piedra inerte
el relámpago de la deidad.*

*No te quejes, por tanto, del destino,
pues lo que en tu interior hay de divino
sólo surge merced a él.*

*Soporta, si es posible, sonriendo,
la vida que el artista va esculpiendo,
el duro cboque del cincel.*

*¿Qué importan para ti las horas malas,
si cada hora en tus nacientes alas
pone una pluma bella más?*

*Ya verás al cóndor en plena altura,
ya verás concluida la escultura,
ya verás, alma, ya verás...*

Fue, precisamente, Prometeo, el que robó la vida al cielo para hacer partícipes a los hombres del poder del creador, desde entonces compartido con un Dios que actuó desde sus primeros momentos como un genial escultor. A partir de ese logro, el escultor dotó

a sus obras de un aliento divino - en realidad era el que movía sus manos - para proclamar la dulce forma con que el cincel evocaba la vida y la personalidad del individuo en el retrato. La vida después de la vida cobró importancia en un género sagazmente utilizado por los artistas para mostrar la eternidad del arte y la forma con que el hombre vivía en la memoria de los hombres. Retrato, vida cotidiana, animales y cosas quedaban asociadas a la eternidad de la escultura, viva siempre en la dureza del material, en la solemnidad del bronce o en el humilde barro, materia inicial de la escultura, según el Génesis, al que bastó para darle vida el aliento del poeta.

No es fácil escribir sobre esta materia. Muchas páginas han sido escritas para defender la dignidad del oficio de escultor y las vicisitudes que su prestigio adquirió a lo largo de los tiempos. Es posible que determinadas tierras favorecieran la abundancia de escultores porque las posibilidades materiales del trabajo, las circunstancias ambientales y la luminosidad de sus espacios, favorecieran una determinada sensibilidad hacia este arte. No estoy seguro de ello, pero sí es verdad que en Murcia florecieron muchos artistas capaces de expresarse en todas las materias posibles y hacer de ellas mismas un soberbio ejercicio de dignidad para doblegar la piedra (diría Ramón Gaya) o para obtener de ella formas convincentes cuyos modelos ofrecía la naturaleza como fruto “de amiga idea” y “de valiente mano”.

Más que por la proximidad al escultor Hernández Cano, cuyo recuerdo evocamos en una exposición tan sutil en sus obras como ejemplar en sus modelos, me movió a escribir este texto sobre la dignidad del oficio de escultor la noble apariencia de sus modelos, la espontaneidad de sus animales, el movimiento espontáneo y veraz de sus atletas de relevos, las sutiles curvas de sus desnudos, continuidad de elevados ideales desde Planes a González Moreno o los ingeniosos homenajes a la historia del Arte. En todas las obras escogidas late el espíritu de un artista, la dignidad de un oficio, el eco de magistrales recuerdos puestos ya para que, como en los versos de Prometeo “de ti gocen los vivos”.

Y ese goce es alcanzado en la contemplación de las obras escogidas, testimonio de las inquietudes del escultor. La historia del arte le brindó la posibilidad de estudiar sus modelos, de analizar las obras que han conmovido a lo largo del tiempo a la humanidad con una cuidada selección de motivos que, representan sus aficiones y sus gustos. Desde el mundo clásico, en el estereotipo de la Venus de Milo recordada como en el pasaje de Ovidio en el nacimiento de la Afrodita de Citera, luego reelaborada en la evocación de la de Botticelli, como en otras ilustraciones en las que simplificaba, reduciendo a lo que creyó sus valores esenciales, modelos del Egipto Antiguo, del mundo griego o de la Edad Moderna. Acaso, esta enumeración serviría para dar cuenta de los objetos expuestos pero su mención va más allá del simple recuento de unas obras de catálogo. Seguramente comprendió el escultor que la lección dada por estas esculturas era no una elección personal sino una demostración de los valores que este arte fue conquistando a lo largo del tiempo: la sensualidad praxiteliana del desnudo femenino, (visto, seguramente a través

de los cercanos ejemplos de la tradición escultórica local), la rígida solemnidad de las Meninas velazqueñas, el carácter programático del Auriga de Delfos, modelo para fundición en bronce de todos los tiempos, o las tumbas mediceas, separadas sus esculturas y alegorías del marco arquitectónico que las alberga para demostrar la vida propia que cada una de ellas sugiere.

Y entre tanta referencia ilustre deja ver su capacidad de innovación en un campo como el de la escenografía religiosa. La coronación de espinas o El Descendimiento son una demostración de ese espíritu renovador que sólo escoge de la tradición sus valores esenciales y no formales. Y, si contaba con unos precedentes tan cercanos como los que su tierra le ofrecía, renunció a la condición de imitador para volver su mirada a las raíces de la escultura. Era una tradición y a la vez una innovación. La primera le venía dada por su medio natural, la segunda hubo de buscarla.

Y en esa búsqueda, más que la voluntad retórica del mundo procesional le cautivaron los intentos de reducir la capacidad descriptiva de cada personaje a sus rasgos esenciales intentando demostrar cómo es posible alcanzar la intensidad dramática con los medios más simples del gesto y del movimiento.

En la propia simplificación de las figuras late una lección bien aprendida de la historia de la escultura, no tanto de la visión formalista asociada al clasicismo sino a las intenciones que esa etapa de la historia del arte fue marcando para la posteridad. Si ya en La Coronación de Espinas los soldados recuerdan la estructura simplificada de la indumentaria militar, reducida por la moda del siglo III d. C. a sus más esenciales y primarias cualidades, El Descendimiento viene a recordar la estructura piramidal del Toro Farnesio, grupo helenístico en el que la composición, el drama y el movimiento, fueron lecciones lanzadas a la posteridad por quienes realizaron el famoso Castigo de Dirce. Ya Martín González señaló en su día la enorme deuda que el arte procesional español debía a sus antecedentes clásicos en los que quiso ver algunos rasgos de los expresivos crucificados castellanos en algunos antecedentes helenísticos.

Tanto en los relieves como en los desnudos Hernández Cano fue sincero con las claves de su formación. La tradición del desnudo en la escultura española del siglo XX como la que en su tierra cultivaron Planes o González Moreno, dejaron la huella de sus grandes mentores haciendo, como en el poema de Benedetti que una mujer desnuda sea “una claridad que nos alumbró”, “un resplandor que da confianza”.

Fuerza, vida y movimiento, alumbraron sus geniales versiones de las atletas de relevos, congelando el instante con el que hacía realidad lo que no es más que un movimiento fugaz. Esa manera de hacer permanente lo transitorio, de ver detenido en el tiempo lo que no es más que una ilusión, afloró en el retrato y en la forma con que “aquel émulo del barro” como el modelo fue entendido por Góngora, alcanzara con la escultura la inmortalidad.

HERNÁNDEZ CANO, ESCULTOR DE SENTIMIENTOS

Santiago Delgado

Real Academia Alfonso X el Sabio

No conocí a José Hernández Cano. Por eso, no me considero autorizado a llamarle “Pepe, el Largo”, apodo que le puso su primer maestro definitivo –una vez ya iniciado en el arte escultórico– González Moreno. Y acaso, pienso que haya plumas más indicadas que yo para glosar esta exposición póstuma –desgraciadamente póstuma– que en esta ocasión presentamos. Con todo, cumplamos con el encargo que se ha pedido a la Real Academia Alfonso X el Sabio.

En vida, la exposición “Contraparada 5”, de 2001, si no recuerdo mal el apunte, le hizo homenaje global en plena madurez de su existencia. Las fotos de entonces hacen justicia a su estampa y belleza de hombre viril, muy viril, de ojos azules y firmes. Sus opiniones preservadas dicen de su acendrada manera de pensar, muy recia y sin los resquebrajamiento propios de la duda, algo característico del gremio:

“Se promociona poco al artista murciano, y más a los de afuera”.

“La Tauromaquia se defiende por el arte que genera, aunque no debiera morir el toro”.

“La piedra es lo fundamental del artista escultor”.

Y muchas otras verdades del barquero prácticamente monolíticas, que defendía con seguridad de neófito incurable en una religión inmortal: la del Arte. Añadamos ésta otra, de su propia mano escrita.

“Me ocurre con mi obra, a veces, algo extraño, cuando verdaderamente me gusta, que pienso que no tengo derecho a ella, que esa obra pertenece a la humanidad. Lo mismo que yo no soy yo. Soy una partícula de la humanidad. Y creo, en lo más íntimo de mí ser, que aprovecharme de ella económicamente es una inmoralidad o estar fuera de órbita. Si el arte es parte del alma, no vendamos el alma al diablo, ofrezcámoslo al pueblo para enriquecerlo espiritual y moralmente”.

Hernández Cano fue comunista inorgánico, agnóstico extremo, y escritor de obra ingente, no editada, salvo su libro “Perestroika”, de escasa y amical distribución.

Desde las estiradas dimensiones de una de las tendencias de su citado maestro, la de “giacomettizar”, antes de conocer la obra del artista suizo, el canon humano, hasta sus sensuales carnes de sus Venus, o allegándonos a las aerodinámicas formas toreras de su serie taurómaca, se puede apreciar, en esta exposición, la versatilidad de su manera de conformar tridimensionalmente figuras acotadoras

del aire, del espacio ocupado por sus obras. El escultor, todo escultor, necesita llenar ese aire de formas dignas, para sustituir al vacío amorfo. Y mejorarlo. Y Hernández Cano lo hace siempre como resultado de una investigación estética simultánea con la ejecución de la obra, para romper el bulto inane del vacío. Para ofrecer, por consiguiente y a cambio, un tema de reflexión, de reflexión emocional, a nuestra vista; la vista, que no es sino recadera del cerebro. También del corazón. Rellenar el vacío o liberar formas orgánicas que él veía en la materia observada. A esa tarea, él la llamaba instinto. Un instinto que abocaba al sentimiento expresado.

Particularmente, pensamos que las esculturas de Hernández Cano tienen categoría instintiva-sentimental, más que intelectual. Un sentimiento nacido de la materialidad del soporte de su escultura, ya fuera madera, barro, piedra o mármol, acaso su preferido. Un sentimiento que Pepe Hernández Cano trabajaría desde la idea emocional primera, o instinto, para, a continuación, y ayudado por la técnica correspondiente, llegar a lo quería expresarnos.

Las manos de nuestro artista, en una suerte de transmutación portentosa, aunque sencilla, se convertían, al laborar sus obras, en instrumentos, como de voluntad de demiurgo, de diosillo menor pero muy efectivo, que lograban dar alma de arte al soporte elegido. Un demiurgo que tuvo su doble cuota de martirio: con ocasión de ir a Madrid para lograr en bronce su Caballo del Vino de Caravaca, insistió en soldar las partes él mismo, y, al hacerlo sin cuidado, inhaló lo que no debía inhalar, y estuvo sudando verde más tiempo del que sería sano. Su vocación, ahí queda plasmada. Anotemos también la irreparable pérdida de sus bíceps, sucesivamente y ya en edad de observar prescripciones médicas de moderación, por causa de su esculpir el duro mármol de Macael, para obtener belleza que ofrecernos a todos.

La palabra, el concepto, que muchos han otorgado a las piezas de Pepe es el de “melancolía”. Y aluden a la posible melancolía de su rostro, no muy lejano a la bella impasibilidad de Paul Newman; pero más cercano, mucho más cercano. Incluso a sus hermosos 86 años, edad que tenía en la fecha de su óbito, en 2017.

Nació el año de la quema del convento de la Purísima en mayo del 31, no en el 32 de su registro civil. Nuestro escultor mantenía esa mirada que custodiaba, según leo en su bibliografía, la naturaleza unitaria del hombre fiel a sus ideas, del Arte y de la Vida.

En siete apartados temáticos se han recogido estas obras del Maestro que conforman la exposición. Comencemos por “Los tíos secos”. Apreciemos en primer lugar, la humorada de la denominación. Una influencia, directa o indirecta de las pinturas rupestres del Levante español se advierte en el bronce antropomorfo de su figura. Acaso lo podamos incluir como divertimento, aunque muy emparentado por el gusto por la verticalidad de mucha de su obra. O, quizá fueran esqueletos de figura. Aunque también, hay cierta piedad por los seres imperfectos, la piedad de darles vida con categoría de obra de arte.



Desnudo velado II

Entre 1995 y 2005

Mármol negro

61x18x23 cm.

En la serie “Los toreros”, Hernández Cano nos describe en una estética suprema, no ya tan sólo la lucha del hombre con la bestia, que también; sino que, además, observamos que sus formas aluden a una agonía, en el sentido clásico del término, de la línea vertical –el torero– con la doble cónica espiral ascendente del toro y la capa o la muleta. Son variaciones barrocas a un tiento de instante, figurado desde el recuerdo de un lance taurómaco. El aire es surcado por la inefabilidad de la suerte escogida en el Arte de Cúchares.

El oficio al servicio del gusto del cliente, una suerte suprema del savoir faire del artista, emerge en los “Retratos de familia”. En ellos, el parecido y el retrato moral se conjugan con eficacia y soltura de maestro. Destaquemos el de su hija María Isabel, primera impulsora de esta exposición, e informante de excepción de este cronista.

Parecido es el logro apreciable de sus “Imágenes religiosas”, donde advertimos un intento de puesta al día aplicado a la imaginería de culto y procesión, respetando formas con centurias en sus cánones de talla.

Pero, es en los desnudos de mujer, donde los resultados adquieren cualidades táctiles. Ciertamente, hay una búsqueda de idealización, más que de reproducción naturalista, además de continuar una impronta en la escultura española y europea de su tiempo creativo. Las manos del artista buscan provocar en otras manos la casta sensualidad que la ocasión merece. Y ello, sin pasar a lúbricas categorías de la curva oblonga, que alejen de la belleza idealizada a lo esculpido. Una pista alegórica siempre acompaña a la figura, lo que individualiza la imagen y le proporciona identidad, dato nada superfluo. La Vendimiadora, acaso la más lograda.

Y llegamos a “Los animales”. De la nobleza de los toros, a las sensualidades de los gatos, siempre más allá del naturalismo, pero más acá de la reducción a lo simbólico. Como un San Francisco renovado, sus figuras irracionales consiguen, acaso sin buscarlo, un impulso de amor por ellas. Los ojos acarician esas formas y los dedos miran formas en los toros, y picassianas en las palomas, de bulto y de incisiones revestidas, que parecen posar para el escultor. Pepe Hernández Cano fue un destacado criador de palomas, en su mismo estudio.

Aquí está Don José Hernández Cano, artista escultor, que quiere decir indagador de formas emanadoras de sentimientos y emociones, por sus manos sacados, mediante el instinto creativo propio, de la materia que trabajaba. Gran murciano, que entendió a su arte como universal, hablando a las almas de quienes vieran sus figuras. Alégrese de haberlo conocido. Inolvidable.

HERNÁNDEZ CANO O LA ESCULTURA ELEGANTE

El texto que a continuación reproducimos fue un regalo del periodista Pedro Soler a su amigo José Hernández Cano, aunque destinado a otra exposición que finalmente no se realizó. A él le gustó tanto, que hemos querido que pueda ver la luz en este catálogo.

In memoriam Pedro Soler

Crítico de arte

Cronista oficial de Murcia

Cuando llega el momento de reencontrarse con la obra de Pepe Hernández Cano, es preciso arrancar, por lógica evidente, de lo que la distingue de modo primordial: la elegancia. Da igual si las imágenes, que han salido de sus manos, son estos toreros que ahora se contemplan; una mujer que yace y medita abandonada a su suerte; o la que, desnuda, pasea sus intimidades, con la firme impresión de que no maltrata, sino que enaltece la pureza. Y no se trata de un descubrimiento, ni de una elegancia abstracta, intocable e invisible, sino de una sesión permanente de serenidad, que invita a recrearse en la contemplación.

Es difícil evocar las veces que uno pueda haber comentado las obras de este escultor y, más difícil todavía, memorar sobre el texto cómo ha opinado sobre un trabajo fructífero y encelado, al que Hernández Cano ha dedicado toda una vida de entusiasmo, pero también de mucho arrebató. Dentro de esa dificultad memorística, uno considera que siempre habrá rozado idénticos o muy similares linderos literarios, porque estamos ante una escultura, que no conlleva un cambio, ni una adaptación circunstancial, en función del soplo del viento artístico o de las reclamaciones de los presuntos incondicionales. Su obra siempre ha sido única, basada en unos principios que el propio autor ha defendido con un comportamiento lleno de honradez personal, pero también exclusivamente arropado por su modo de pensar, que a unos puede haber parecido prosaico y a otros, basado en unas teorías que en nada se relacionan con lo vulgar.

Lo mejor de Pepe Hernández Cano es que ha creído en sí mismo, sin sobrevalorarse, pero sí con la límpida conciencia que le ha capacitado para enfrascarse en un mundo escultórico, que no ha rehuido temáticas, y a las que siempre les ha aplicado esos conceptos personales sobre cómo debe ser una obra, con capacidad de evidenciar sensaciones, pero sin la obligación de asombrar innecesariamente.

La escultura va unida, más que a las manos de su autor, a los dictados que la mente le transmite en el momento de su ejecución. Y aunque pueda parecer extraño, la mente de escultor de Hernández Cano ha estado sembrada por el estoicismo y

la delicadeza. Estas consignas se han transformado en esas esculturas de porte distinguido, que las caracteriza, en las que no se encuentran volúmenes superfluos, porque no los hay. Las figuras toreras, que no pueden aflorar sin los dones precisos y preciosos que su autor les ha otorgado. Cualquiera de los lances, posturas o situaciones que el diestro vive en la arena, se resuelven en la obra de Hernández Cano no bajo el signo del fervor o de la tragedia. Se impone -hasta en los menores detalles- un síntoma de caballerosidad, de saber estar. El pase, el derecho, la media verónica, el molinete, el brindis... componen una sucesión de galanuras.

Mientras escribo, contemplo fotografías de imágenes de toreros y desnudos femeninos. Y lo cierto es que uno inicia la búsqueda para percatarse con mayor intensidad de esos síntomas apuntados. Un empeño innecesario, porque la estilización que Pepe Hernández Cano ha aplicado a sus figuras es única y constante. También me aparece el rostro fotografiado del escultor, que me obliga a intentar desentrañar, una vez más, cómo un hombre de tan hoscas apariencias, autor de textos explosivos, de comportamiento tan original y anti tantas cosas, consiguió convertir sus manos en un sensible y dominador método de esculpir o modelar el arte de la elegancia. Aunque, inicialmente, me pasaron sus originales y personales maneras, mi pasmo se trocó al poco en sorpresa. Pronto entendí que su mente límpida, su lealtad artística, su humildad efectiva eran las facetas que aplicaba -en medio de huerto aislado y rodeado de verdor-, a la hora de modelar el barro, con primorosa facilidad y hasta con ternura. En sus obras también ha dejado, disuelto e intocable, pero bien visible, el misterio de la mirada perdida; sin que falte la sensibilidad que provoca el corazón enamorado de la belleza. Y, sobre todo, Hernández Cano vertió sobre sus esculturas su personal naturalidad.



EL ESCULTOR PEPE HERNÁNDEZ CANO

Pedro Guerrero Ruiz

José Hernández Cano, al que sus amigos más cercanos llamábamos Pepe “el largo”, por su altura, por su porte, hasta que un accidente de coche cuando iba a por un premio a Sevilla le dejó cojeando durante años, escribió unos “pensamientos” (así les llamaba él) que eran realmente ideas para comprender y mejorar el mundo, para preservar la naturaleza y defenderla.

El título del homenaje que ahora se le dedica, “Por instinto”, tanto por su conciencia y honor como por aquel instinto que tenía, que no dudaba en poner en marcha en cuestiones de injusticia, de insolidaridad, de ecología, e incluso producido en el arte de pensar y llevar a la mano lo que creía verdadero, noble y distinto. Porque Pepe Hernández Cano era, sobre todas las cosas, un enorme artista, un escultor.

Viene así Pepe a mi memoria, a mi recuerdo, desde esa nobleza que es la base de dar vida al amigo, al escultor, que también lo era por su amor a la naturaleza y su gente desde su propia obra y a través de aquellos pensamientos respetables. Y es su escultura así, en general, procedencia y raíz de un cambio permanente, de un gusto imparabile, de una sensibilidad que devuelve a la realidad lo que era una pieza informe todavía. Porque su escultura es potente, trabajada, a punto de salir de su entorno, como le pasó a aquel caballo de Caravaca, el que hizo con otros amigos artistas, en unos días de creatividad sin límites.

Su escultura es de curvas prodigiosas en desnudos de mujer o de toreros ardiendo en sus faenas delgadas y finísimas; sus obras son tan suyas como aquella determinación por ser distinto, reconociendo a sus maestros, pero distinto, y porque siendo aparentemente tosco, era en la realidad de su obra, artísticamente fino, agrupándose a los más serios escultores, a los mejores maestros murcianos de la gubia el martillo o el cincel. De aquella generación que tuvo en sus ojos al gran maestro de la escultura murciana, Don José Planes, tal vez el mejor artista de los que han sido en el pasado siglo XX.

Y Pepe descansaba también su obra en aquellas curvas pétreas o marmóreas que decía Antonio Oliver del maestro Planes, y Pepe Hernández Cano, tenía un alto sentimiento de la generosidad que, hermosamente, se le convertía en solidaridad al profundizar socialmente, es su obra sentimiento, pasión por la forma de los materiales escultóricos y por la transformación de esos materiales en belleza, que esa es la tarea de un buen escultor. Y gustaba de hacer visitas a sus amigos artistas o de invitarlos a su casa, sobre todo en aquella tranquilidad de los veranos, en Puerto de Mazarrón. Yo he sido testigo cuando veraneábamos algunos amigos cerca de él y por donde nos

encontrábamos con otros que él invitaba. Por eso llamaba a nuestro amigo José María Párraga, para que viniese hasta El Puerto, donde tenía una casita, y así poder ayudarle en la preparación de alguna exposición que hacía Párraga por allí. Recuerdo la última, en cajas viejas de pescado, derramadas por el cromatismo fértil de Párraga, iluminadas por aquella mar límpida del Mediterráneo. Y la mirada de alegría azul de Hernández Cano cuando estábamos juntos.

En aquellos veranos de los ochenta, íbamos también a comernos una paella a casa de Aurelio, el pintor alhameño, que tenía una casa en San Ginés, de La Azohía, donde, por aquellos tiempos, Aurelio cambiaba su pintura, haciéndola más lumínica, de aquellos amarillos refulgentes y únicos que tanto gustaban a nuestro amigo Pepe Lucas. Aquellos veranos tranquilos donde Pepe sacaba lo mejor de sí mismo en sus obras escultóricas, siempre aplaudido con abrazos de la mejor y más clara inteligencia que entonces tenía nuestro hermano Antonio Segado del Olmo que escribía su última novela aún sin terminar en aquellos días.

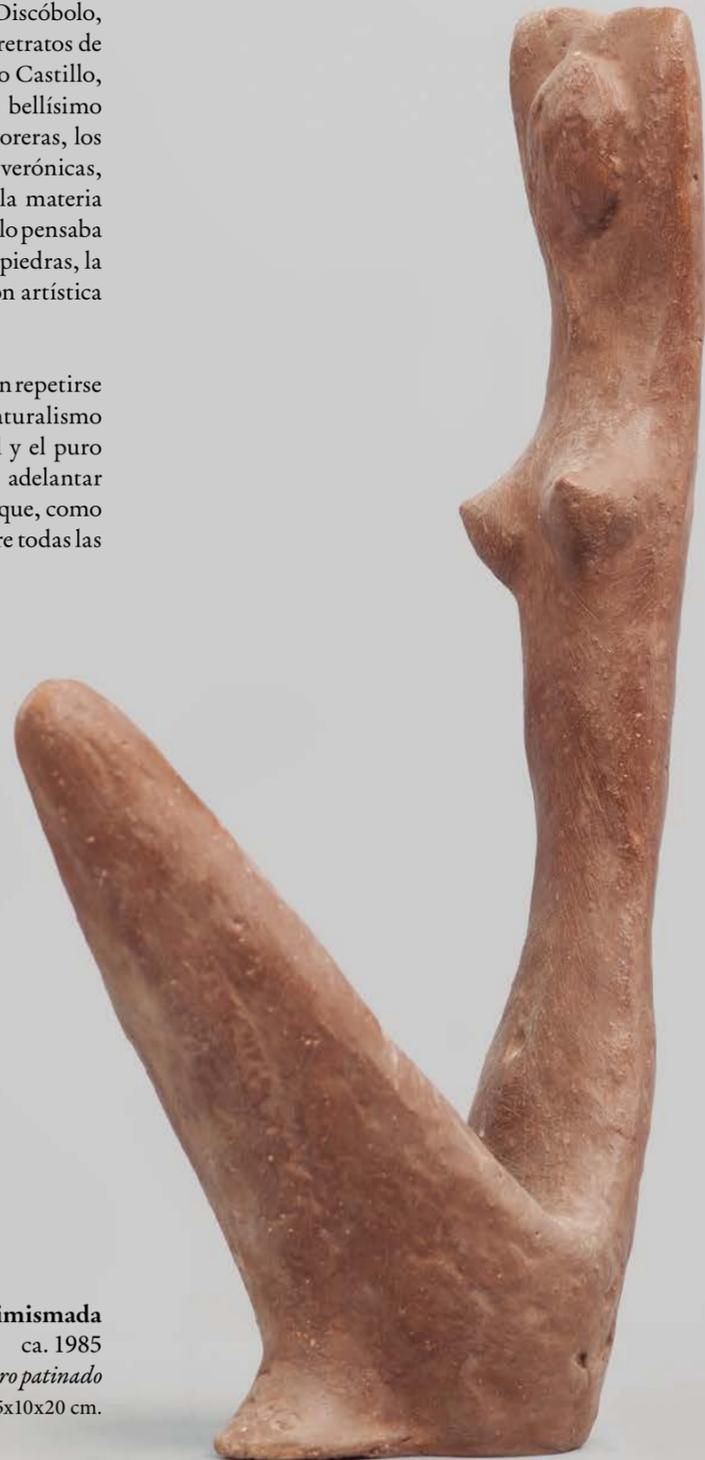
Eran veranos de mar y de amistad, y de creatividad artística para Hernández Cano, refugiado en aquella mar con su familia, desde aquellos instintos apasionados que entonces nos movían en el pensamiento de las artes, en los tejidos humanos del pensamiento y en la mirada sostenida por la naturaleza límpida en su desnudez, y en la desnudez de la obra de Hernández Cano. Y Pepe, que había escrito ya unos pensamientos más ecológicos que políticos, aunque venía su eco a decirnos la verdad de los primeros disparates que se empezaban a hacer en la Región. Nos contaba la naturaleza en su obra y en su palabra, la vida.

¿Y cómo podría llamarse este homenaje de hoy, sino como su hija ha comunicado: “Por instinto”? Por instinto, como él amaba a familia y a amigos, y como su familia y sus amigos le querían también, con el respeto hacia aquella pasión de autodidacta que llama al mundo con su nombre, el de todos los seres vivos que claman justicia ecológica. Pasiones también del arte, con el mismo fervor que aquel fraile lo hizo con el pan y la manzana. Y también, ahora, pasado un tiempo de mirar sus bronce, mármoles y piedras, en el reposo de la obra de nuestro amigo, ahora mirando el camino personal y profesional de Pepe que nos dejó aquella amistad fructífera, y un montón de pensamientos suyos que me tocaban el corazón, y siguen en mi memoria; ahora que siguen mis ojos en aquellas esculturas, las suyas. Sus palomas, navegantes de una paz alada, sus relieves de gatos y conejos, o los toros del parecido arquetipo de Guisando, los toreros sin nombre en su capote recogidos; los desnudos velados, los desnudos femeninos, o aquella mujer en Bolnuevo, tal vez uno de sus más hermosos desnudos femeninos; la mujer ensimismada y la bañista; o la que yo veo cuando voy a mi pueblo: ese desnudo curvado en su línea más pura de volumen y clasicidad.

Y recuerdo y los miro, en sus pequeñas figuras religiosas, como aquel grupo de Belén tan suyo, como recuerdo sus figuras de la historia del arte, el auriga o el David, o su Menina del pastel murciano; las flexionadas tumbas de los Médicis y sus Venus de Milo; cuánta belleza en sus delgadas figuras del Discóbolo, el adolescente o el Adán y Eva. Son inolvidables los retratos de Pepe Hernández Cano, aquellos como el de Antonio Castillo, Carlos Valcárcel, El Drexco, Mari Cruz Siso o el bellissimo barro cocido de su hija María Isabel; los toreros y toreras, los lances de la fiesta taurina, las verónicas y medias verónicas, los naturales o el paseillo, la delgadez, el detalle, la materia doblada al sueño y a la pasión de este escultor que solo pensaba en sus materiales y en su trabajo, sus mármoles, sus piedras, la madera, el barro, el yeso, los amigos de su generación artística y los mayores maestros de la escultura murciana.

Y me acuerdo de aquellos pensamientos, que buscaban repetirse en la belleza de las palabras, sobrevenidos de un naturalismo ideológico entre el mismo realismo que vivía en él y el puro hueso del arte en el devenir incierto que él supo adelantar sobradamente de su inteligencia hasta su brazo, porque, como ya se ha dicho, lo que Pepe Hernández Cano era, sobre todas las cosas, un escultor.

Ensimismada
ca. 1985
Barro patinado
35x10x20 cm.



JOSÉ HERNÁNDEZ CANO. EL HOMBRE. EL ARTISTA. EL EXTRAÑO PAISAJE DE SU OBRA ESCULTÓRICA.

A Mariola, su mujer, que lo fue todo para él.

José Lucas.

Acercarse a la trayectoria de un artista auténtico, sin trampa ni cartón, desde la amistad nunca trae buenas consecuencias. Por una parte, está el gran afecto -como en este caso- le tuve al hombre, al amigo mientras vivió. Por otra, la mirada observadora al artista y su obra. No extraviarme en la lectura que en estos momentos hago del escultor y también del amigo cercano es la mayor preocupación y empeño que me empuja a escribir éstas líneas. Es decir, expresar claramente el sentimiento o los sentimientos que esto provoca en mí, por encima de la fidelidad a la auténtica amistad que tuvimos.

Pepe Hernández Cano estaba impregnado en lo más profundo de su ser del intenso y fuerte barroquismo de la huerta de Murcia donde nació, vio e interpretó el mundo durante toda su vida. Siempre sostuve, -secretamente- que la huerta con su color, su música, olor, sus trinos y su luz habían forjado su rico espíritu de excelente creador, su mágico sentimiento de artista le hacía sentir, interpretar y contar la huerta y sus misterios como él sabía contarlos y transmitirlos. Había en él esos vasos comunicantes que irrigan estos dos conceptos.

Nacido en los años 30 en la preguerra civil española en aquella Murcia siempre barroca, huertana y procesional donde todavía existía en su ambiente de pequeña y bella capital de provincia ese aura, ese perfume que dejó la importante y extraordinaria época donde la Cultura con mayúscula estuvo alimentada por aquel maravilloso grupo de hombres a los que tanto les debe las sucesivas generaciones posteriores. Y que quebró la execrable e infecta Guerra Civil de 1936. Hombres que colmaban de honor a toda una sociedad donde ellos habitaban y a todo el país. Me refiero al gran Jorge Guillén, el enorme poeta de la Generación del 27. En su etapa de Catedrático de Literatura en la Universidad de Murcia. Juan Guerrero Ruiz, al que García Lorca llamó “Cónsul General de la Poesía”, en su libro Romancero Gitano. Ramón Gaya, José Ballester, Pedro Flores. Juan Bonafé, Luis Garay, José Planes. En la trastienda -donde todos se reunían- de la sombrerería de Ruiz Funes. El Huerto del Manú. El inmenso, extraordinario y excelente Suplemento Literario del periódico diario La Verdad de aquella época, el imprescindible Verso y Prosa. Raimundo de los Reyes, etc, etc. Y los infinitos flecos culturales que fue dejando esa mágica y brillante época. De aquel tiempo y sus flecos surgieron etapas posteriores en el que se fue forjando como hombre y como

artista nuestro Hernández Cano. Estaban desde el gran José Planes a Juan González Moreno. Aquel otro grupo de gentes como Clemente Cantos, Garrigós el Miceno, Carrilero, Paco Toledo, Molera, entre otros. Los pintores Mariano Ballester, Aurelio Pérez, Jose María Párraga o Cacho, mucho más joven que los otros.

He presenciado como nuestro escultor trataba de explicar ideas, conceptos y consecuencias con resultado a veces disparatado de sus peculiares observaciones. Por ejemplo, del Ángel de la Oración del Huerto, de Salzillo, trataba de relacionarlo con las condiciones favorables que debían tener un macho y una hembra de palomos de concurso de colombicultura, al que él era muy aficionado, para que los hijos de éstos fueran de gran calidad. Consistía -según él- en que en el aleteo que pudiera producirse por pelea entre palomos machos, con qué ala golpeaban. Si era diestro, la hembra con la que iba a formar pareja tenía que ser zurda. Sostenía que eso era la principal buena condición para garantizar la calidad de la descendencia.

Le he oído tratar de relacionar la belleza del manto de la Verónica de Salzillo, que está en no se qué Iglesia de Murcia con el mágico y misterioso canto del ruiseñor cantando durante toda la noche a su hembra que incubaba en el nido hecho en las cañas gruesas de las orillas del río.

Asociaba en otras de sus “reflexiones” que siempre era conveniente, cuando se iniciaba la ejecución de alguna obra que resultaba de gran interés artístico, debía coincidir con la época en que se cogían de las paleras los higos chumbos... Para recoger los higos verdes de las higueras, eso tenía su hora y su luz etc, etc.

Para él el arte era naturaleza y misterio. Tener el talento necesario para la equivocación, la duda y la contradicción. El espíritu de éste hombre estaba hecho de plata fina. Me quedo con el imborrable recuerdo de noches mazarroneras en verano explicando todo lo que acabamos de relatar. Entre otras muchas cosas, desde 1,90 de estatura, su mirada de hombre sereno con pupilas de azul celeste mediterráneo por la mañana y de verde hoja de limonero por la noche.

Me quedo también con su imborrable recuerdo. Con sus desconcertantes extravagancias, sus miedos. Todo esto hacía de él el personaje sencillo y humano que era, y el singularísimo artista que hizo de la permanente enseñanza que recibió de la huerta, según dejó dicho, su escuela. Donde se fabricaban sueños de creador diferente y auténtico.

Esto es para mí el retrato fiel que he tratado de hacer del amigo, de aquel gran hombre de sencilla leyenda que fue el escultor murciano inolvidable Pepe Hernández Cano.



El arte del toreo

*Mientras vea una injusticia estaré como el
buen torero, arrimándome con el corazón
lo justo para denunciarla, pero con la
cabeza evitar la mortal cogida.*

José Hernández Cano



EL PASEILLO
Bronze · 1990
43x84x55 cm.





CUANDO LA GRACIA SE
CONVIERTE EN ARTE

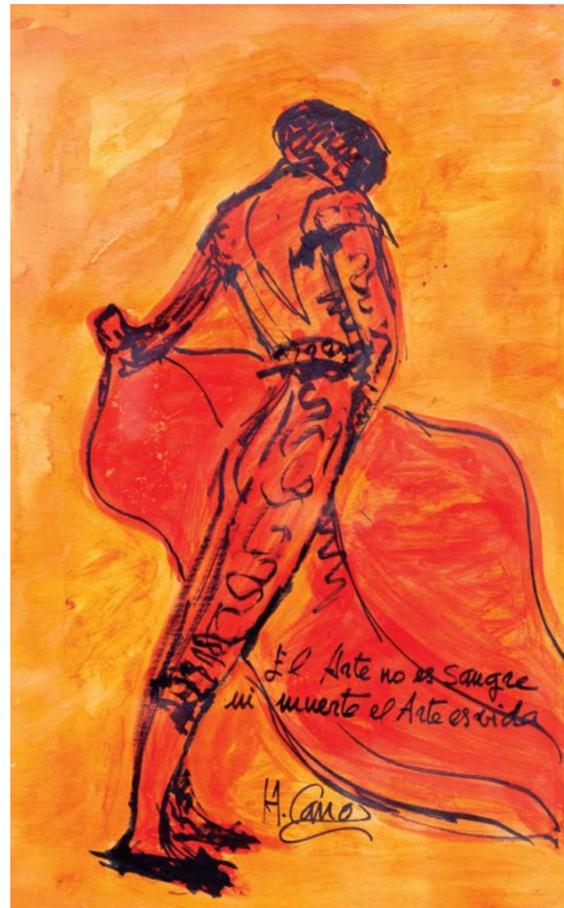
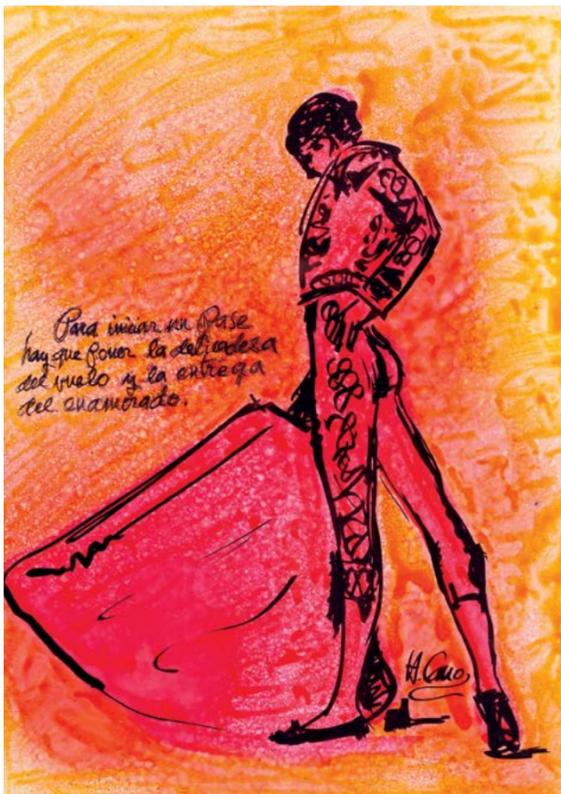
Óleo sobre cartón · Entre 2000 y 2010
51x45 cm.

PARA INICIAR UN PASE

Óleo sobre cartón · Entre 2000 y 2010
51x45 cm.

EL ARTE NO ES SANGRE

Óleo sobre cartón · Entre 2000 y 2010
51x45 cm.



LANCE

Bronce · 1990
52x43x33 cm.





TORERA CON CAPA
Y MONTERA
Barro patinado · 1996
43x27x26 cm.



MEDIA VERÓNICA

Bronce · 1990
53x25x29 cm.

MUJER TORERA CON
CAPOTE DETRÁS

Barro patinado · 1998
96x25x29 cm.





PASE NATURAL DE ANTOÑETE
AL TORO "ATREVIDO"

Barro patinado · 1995
72x54 cm.



NATURAL

Bronze · 1990
84x56x55 cm.





Desnudos

*El verdadero artista es aquel
que sabe vestir y desnudar.*

José Hernández Cano



MARIOLA, MI MUJER

Escayola Patinada · 1973
184x98x59 cm.

LAS CORREDORAS
DE RELEVOS

*Premio de la I Bienal de Escultura
de la CARM*

Bronce · 1986

Corredora 1: 47x14x33 cm.

Corredora 2: 45,5x23x26 cm.

Corredora 3: 42,5x25x29 cm.



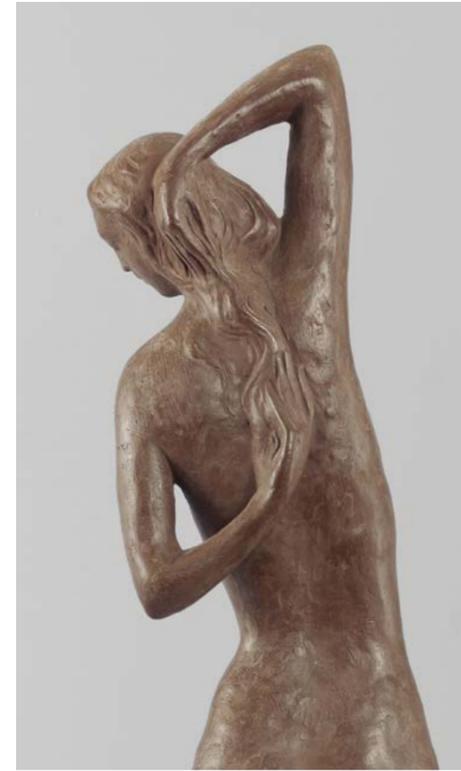
DESNUDO FEMENINO

Mármol blanco · Entre 1995 y 2005
63x25x16 cm.



DESPEREZÁNDOSE

Barro patinado · Finales de los '70
81x38x16 cm.



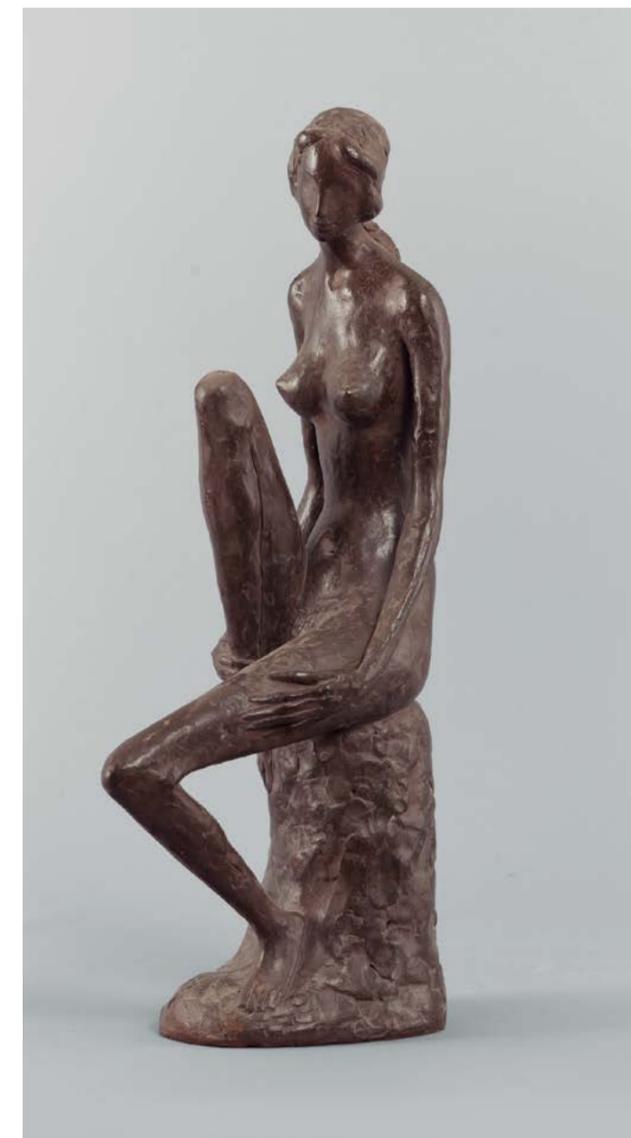
EL DESCANSO

Barro patinado · ca. 1995
54x27x42 cm.



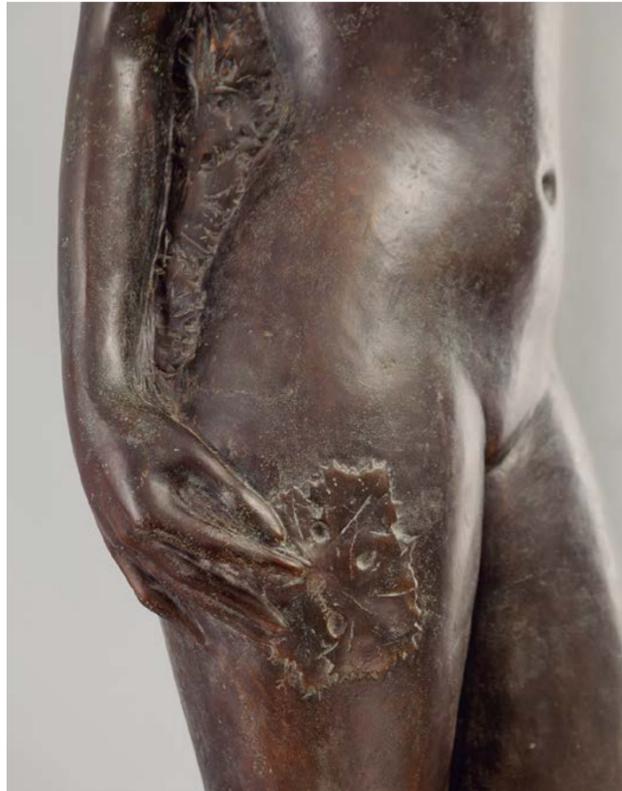
EN BOLNUEVO

Barro patinado · ca. 1995
54x27x40 cm.



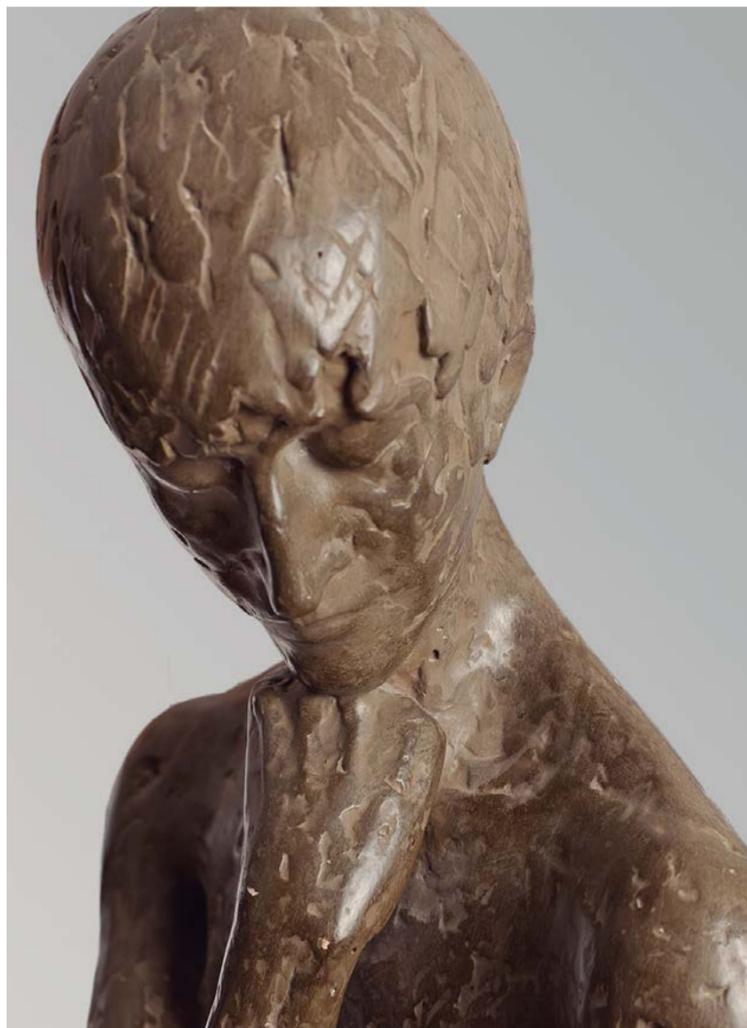
LA VENDIMIADORA

Bronce · Finales de los '80
161x60x31 cm.



EL ADOLESCENTE

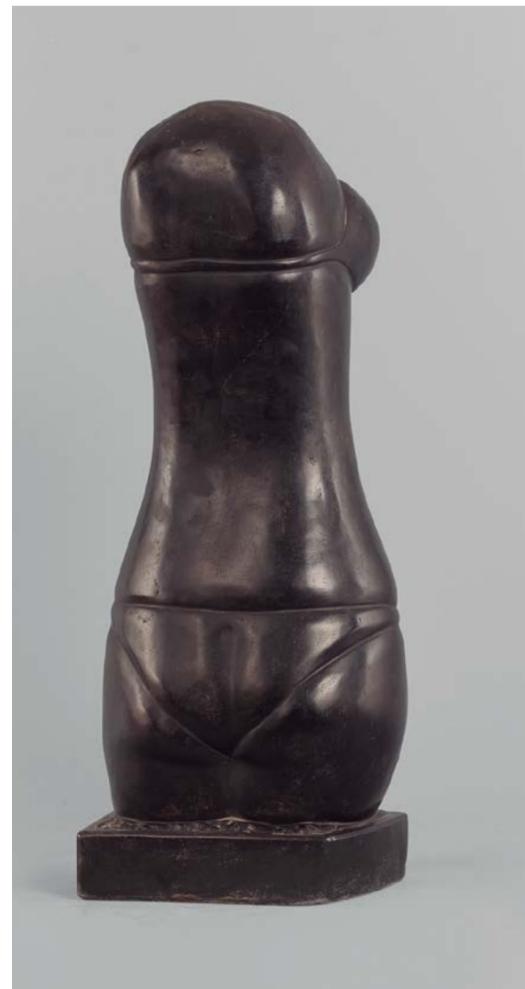
Barro patinado · Medios de los '80
180x71x37 cm.





EN BIKINI

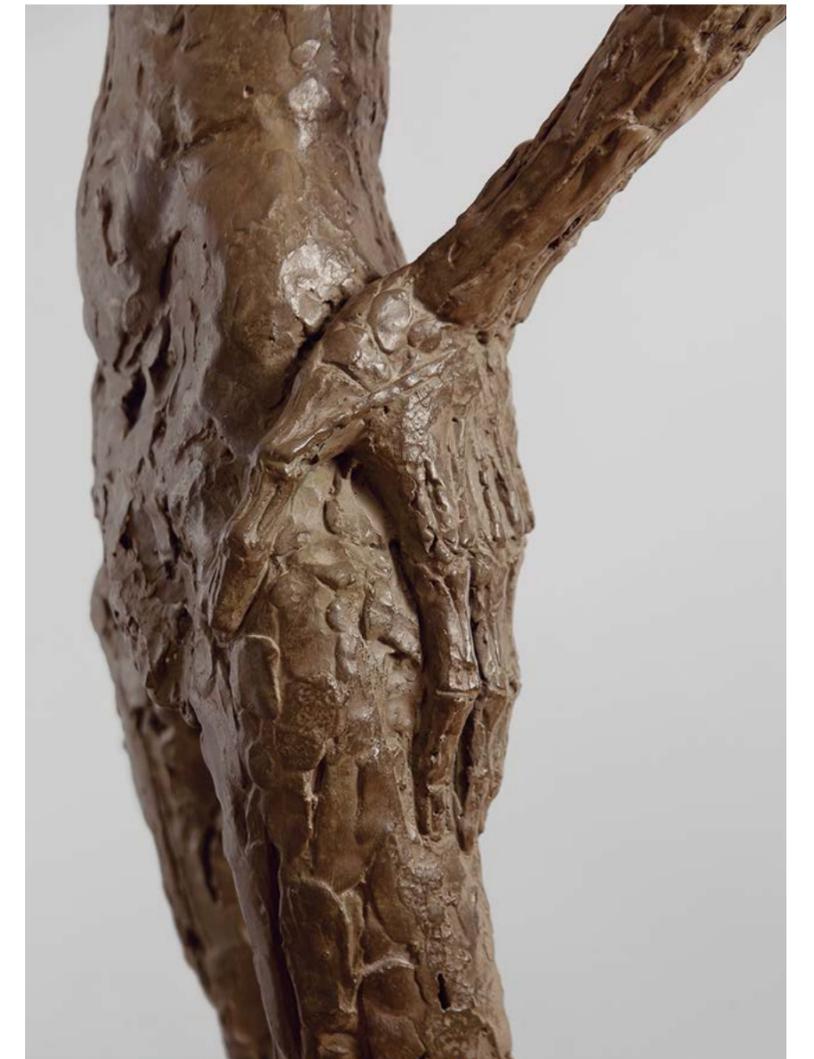
Mármol negro · Entre 1995 y 2005
58x21,5x19 cm.



DESNUDO VELADO I

Mármol rosa · ca. 1996
55x22x20 cm.





EL DISCÓBOLO

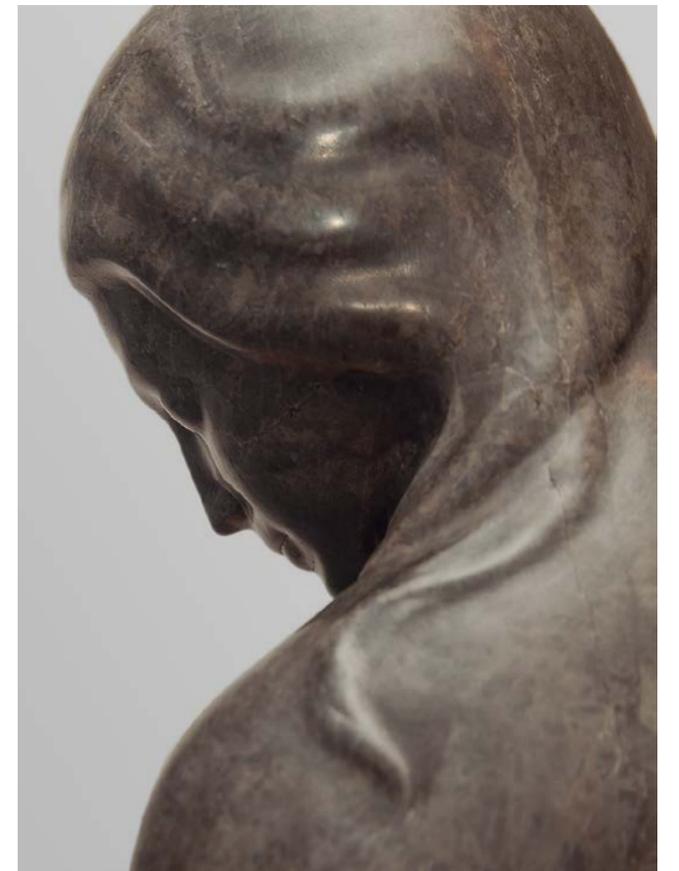
Barro patinado · ca. 1985
186x56x41 cm.



LA BAÑISTA

*Premio de la Delegación Nacional
de Cultura en Sevilla*

Mármol negro · 1975
134x30x27 cm.



LA MUJER DE LA COLUMNA

Mármol blanco · ca. 1990
71x19x10 cm.



LA MUJER SERPIENTE

Barro cocido patinado · Década de los '90
16x99x18 cm.





LA ABUNDANCIA

Barro patinado · ca. 1985
187x37x58 cm.

ABROCHÁNDOSE

Bronce · 1974
36x18x27





DESNUDO FEMENINO
CON COLETA

Escayola · 1980
69 x 71 cm.



DESNUDO CON PELO
AL VIENTO

Escayola · 1980
69x71 cm.



TORSO DE
MUJER

Piedra negra
36x17x23 cm.

DESNUDO RECLINADO

Mármol rosa · c.a. 1999
20x53x19 cm.

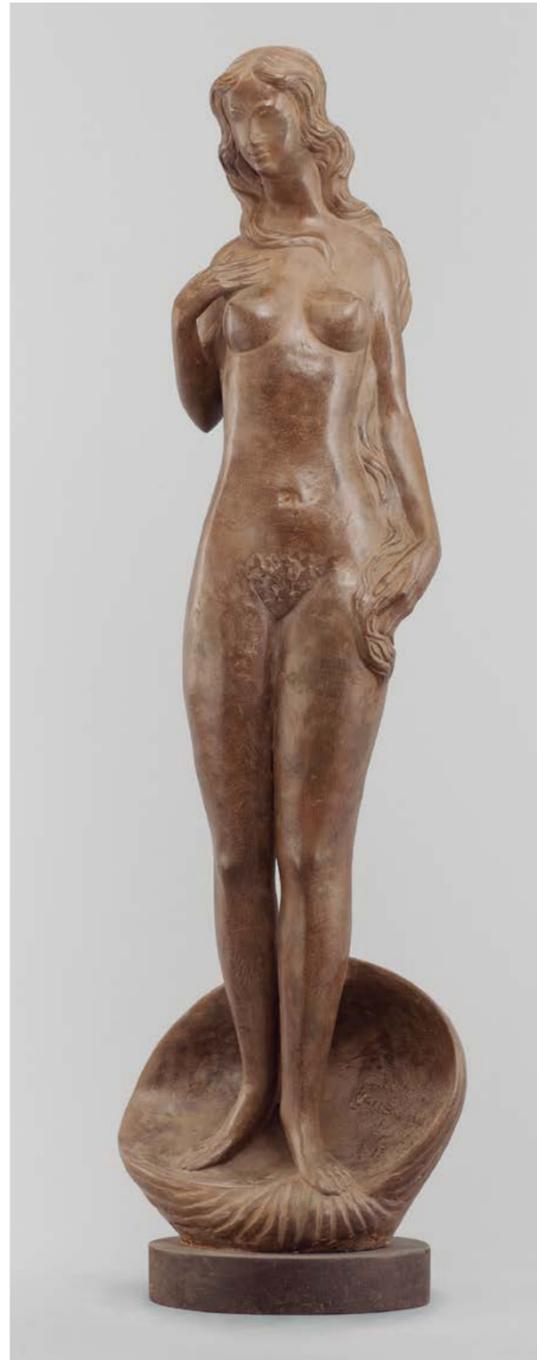
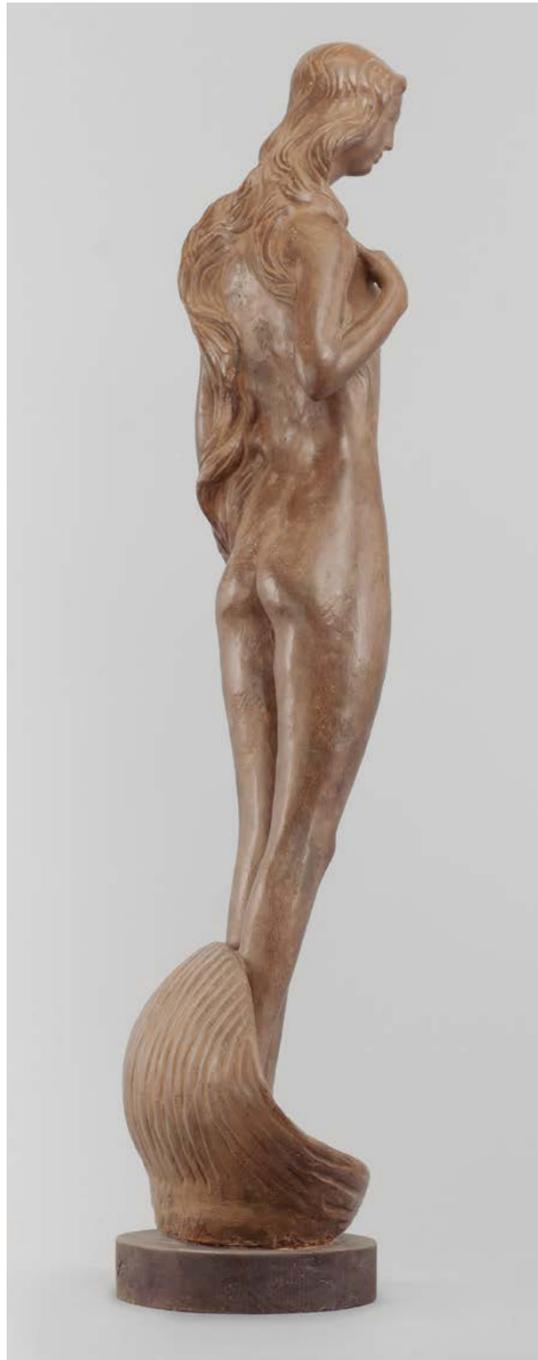




Interpretaciones de la historia del arte

*Como el agricultor busca la nueva savia
para insertar el fruto del futuro, yo dedico
mi obra a la infancia y a la juventud para
que no olvide las raíces del pasado.*

José Hernández Cano



INTERPRETACIÓN DEL NACIMIENTO
DE VENUS DE BOTTICELLI

Barro patinado · 2005
95x30x17 cm.



LAS TUMBAS DE
LOS MEDICI

Barro cocido · 1995

Giuliano: 26x14x14 cm.
Lorenzo: 26x14x15 cm.
La Aurora: 20x30x10 cm.
El Crepúsculo: 20x12x10 cm.
La Noche: 16x33x9 cm.





INTERPRETACIÓN DE
LA VENUS DE MILO I

Barro Patinado · 2010
77x42x17 cm.

INTERPRETACIÓN DEL
DAVID DE MIGUEL ÁNGEL

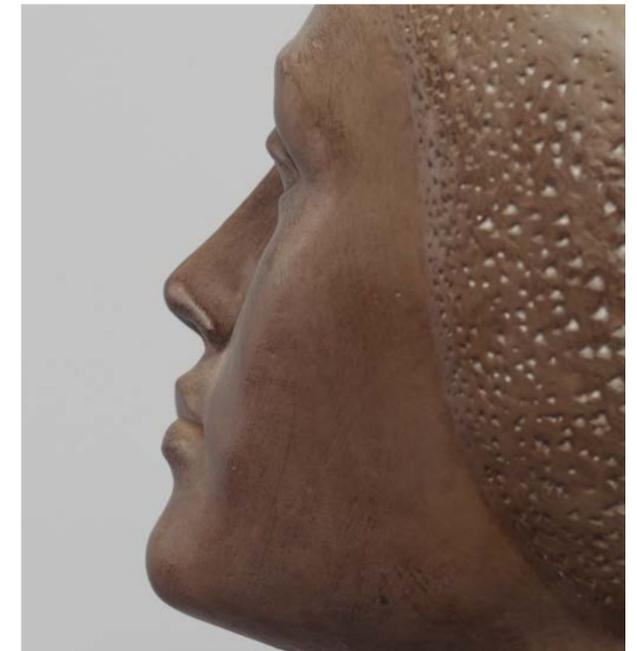
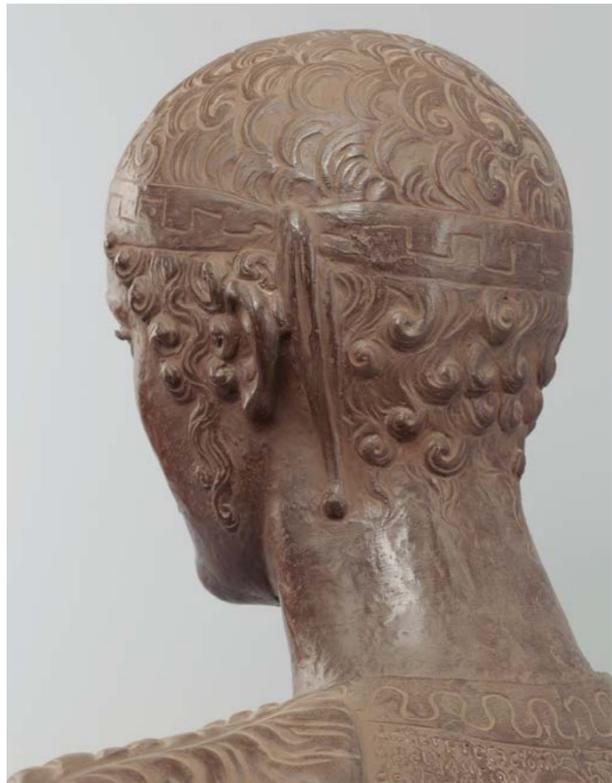
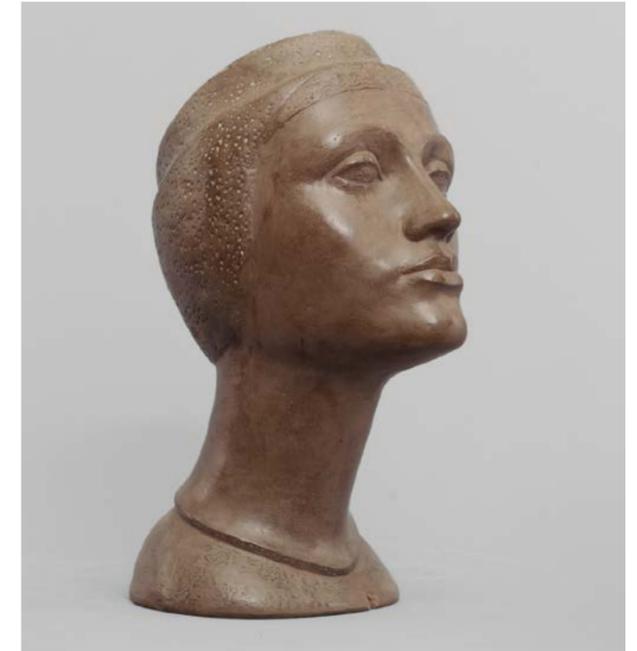
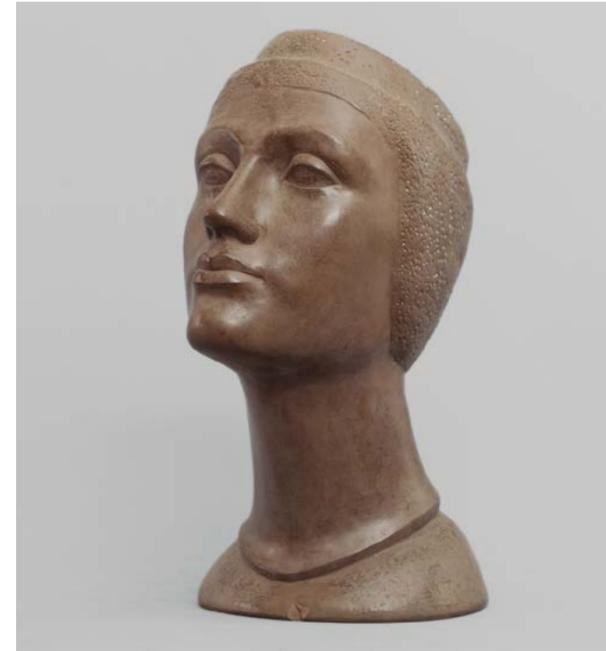
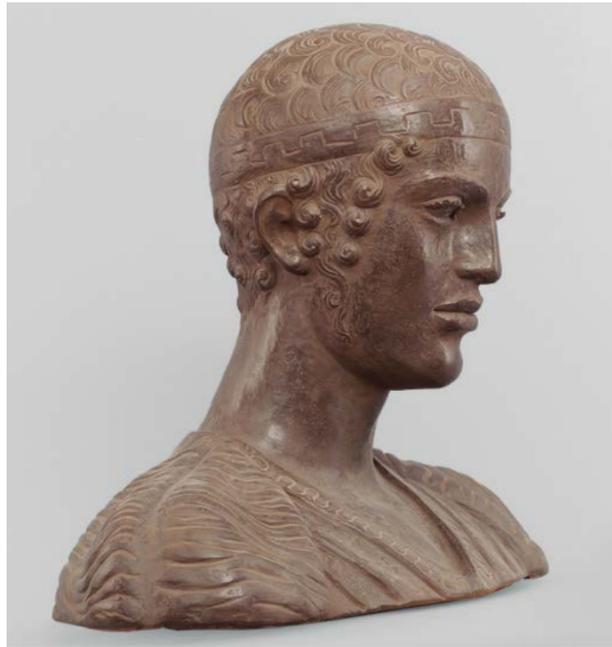
Barro patinado · 2005
66x29x16 cm.





INTERPRETACIÓN DE
LA VENUS DE MILO II

Barro Patinado · 2005
69x16x20 cm.



INTERPRETACIÓN DEL
ÁURIGA DE DELFOS

Barro patinado · 1997
49x65x32 cm.

INTERPRETACIÓN DE
LA REINA NEFERTITI

Barro patinado · 1997
44x19x27 cm.



LA PERESTROIKA
DEL ESCULTOR

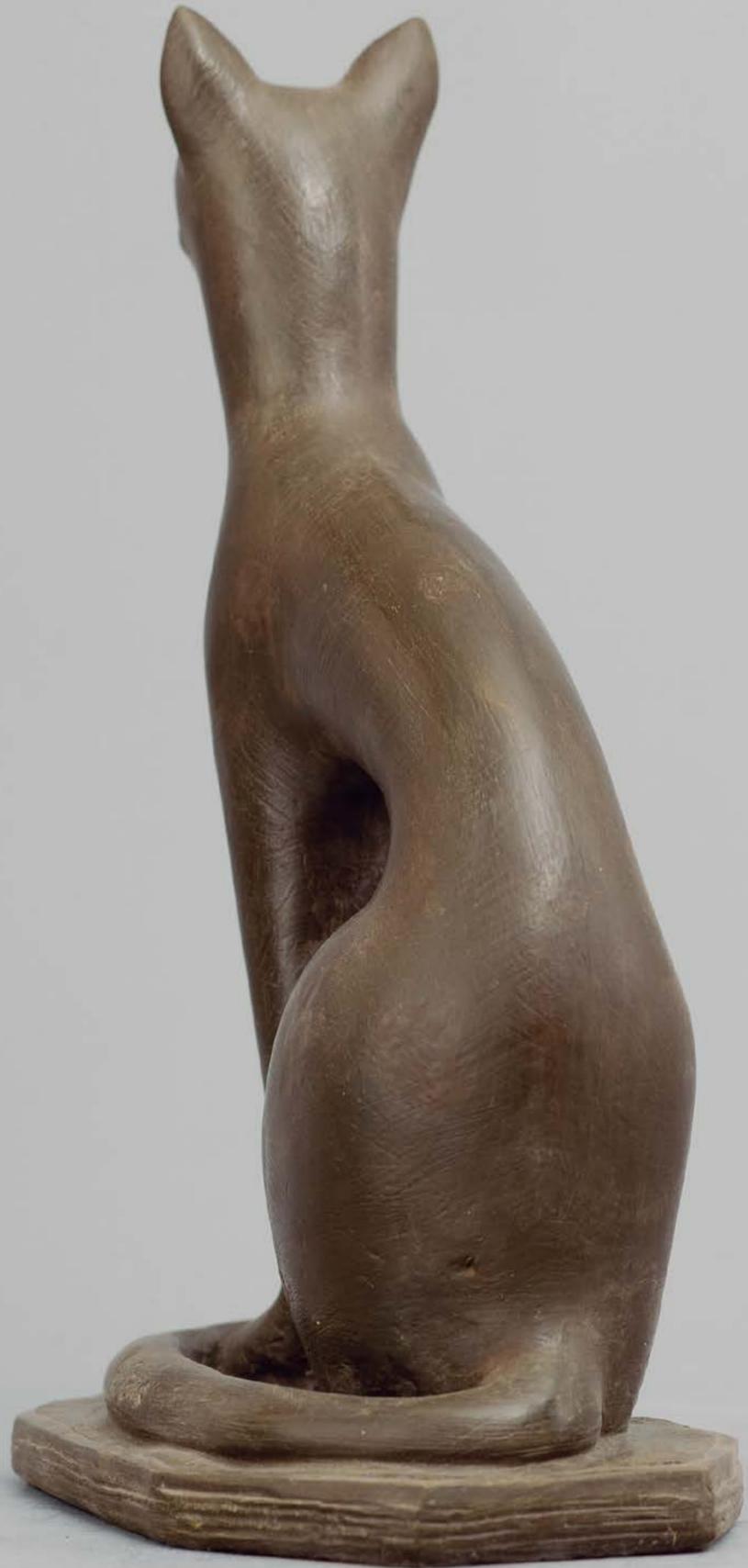
Barro Patinado · 1989
46x10x9 cm.



Animales

*El hombre es superior al animal solo
cuando aprende de él.*

José Hernández Cano



EL GATO "DIOSA BASTET"

Barro Patinado · Medios de los '80
32x12x20 cm.



PAREJA DE PALOMAS

Barro Patinado · Medios de los '80
26x19x26 cm.





RELIEVE DE DOS
TOROS ENFRENTADOS

Barro Patinado · Medios de los '70
16x50x5 cm.

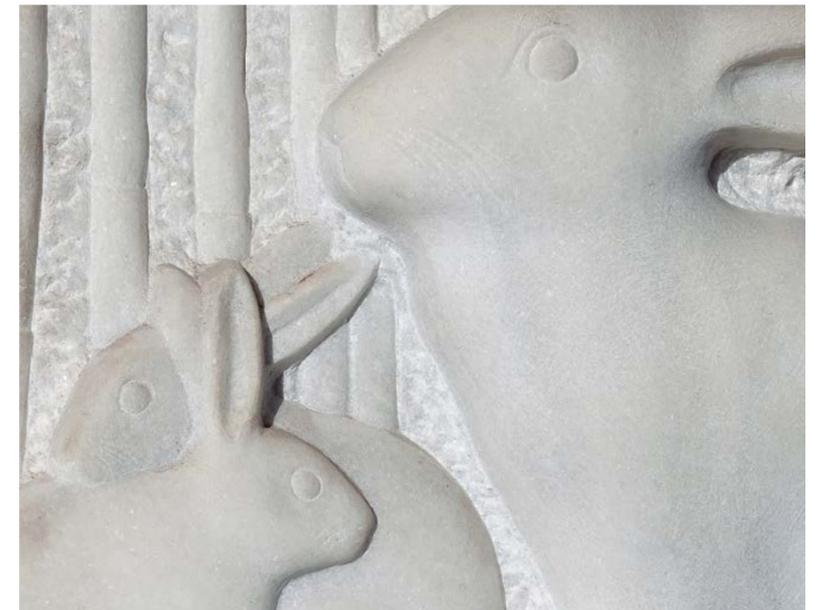
TOROS
ENFRENTADOS

Escayola · Medios de los '70
17x36x12 cm.



TORO

Escayola · Medios de los '70
17x36x12 cm.



LOS CONEJOS

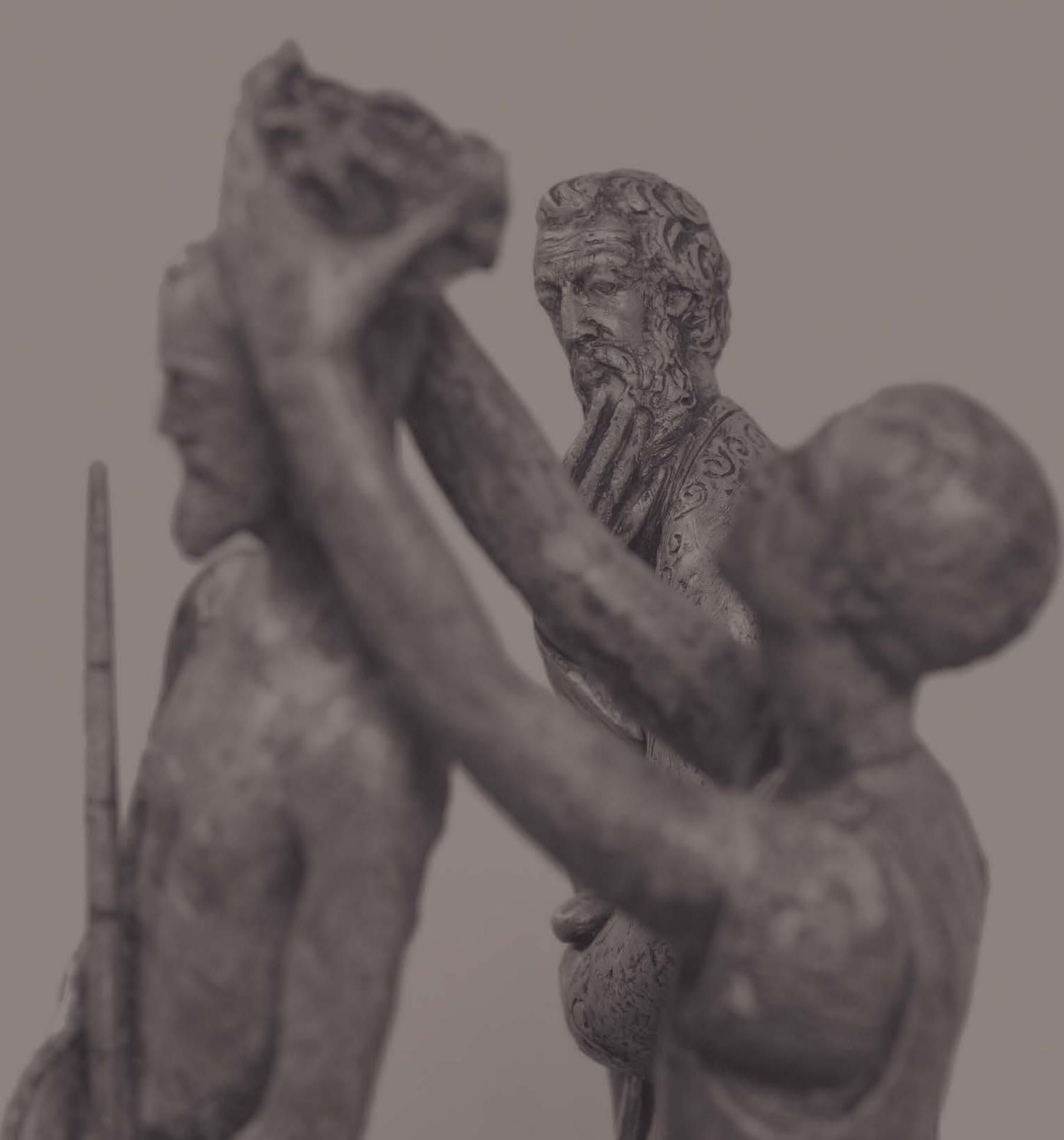
Mármol blanco
63x40cm.



CREACIÓN

Mármol negro · ca. 1980
37x19x22,5 cm.





Obra religiosa

*Respeto las religiones lo mismo que
respeto la grama de las orillas de la
senda porque las fortalecen, pero
que no me invadan el bancale.*

José Hernández Cano



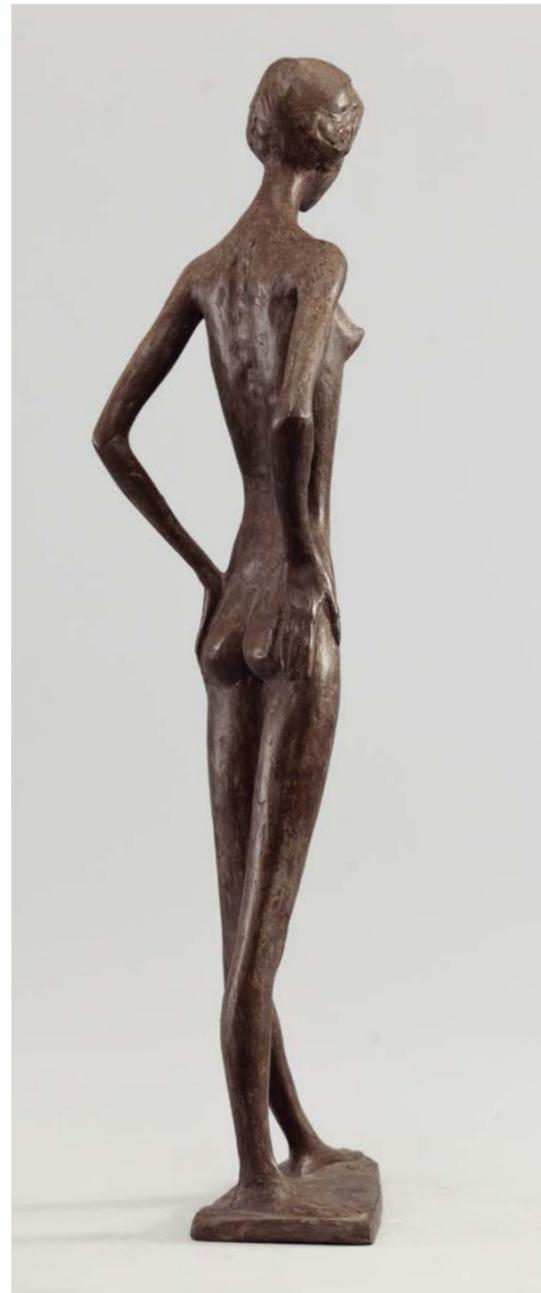
EL DESCENDIMIENTO

Barro coido · 1996
47x48x27 cm.



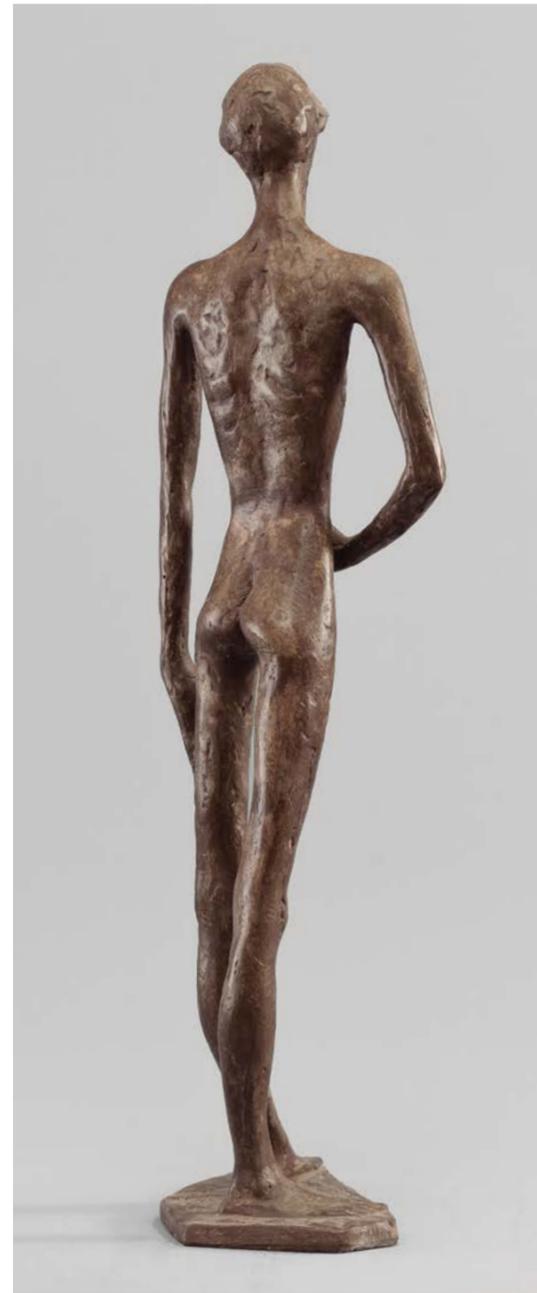
LA CORONACIÓN
DE ESPINAS

Barro patinado · 1998
45x27x33 cm.



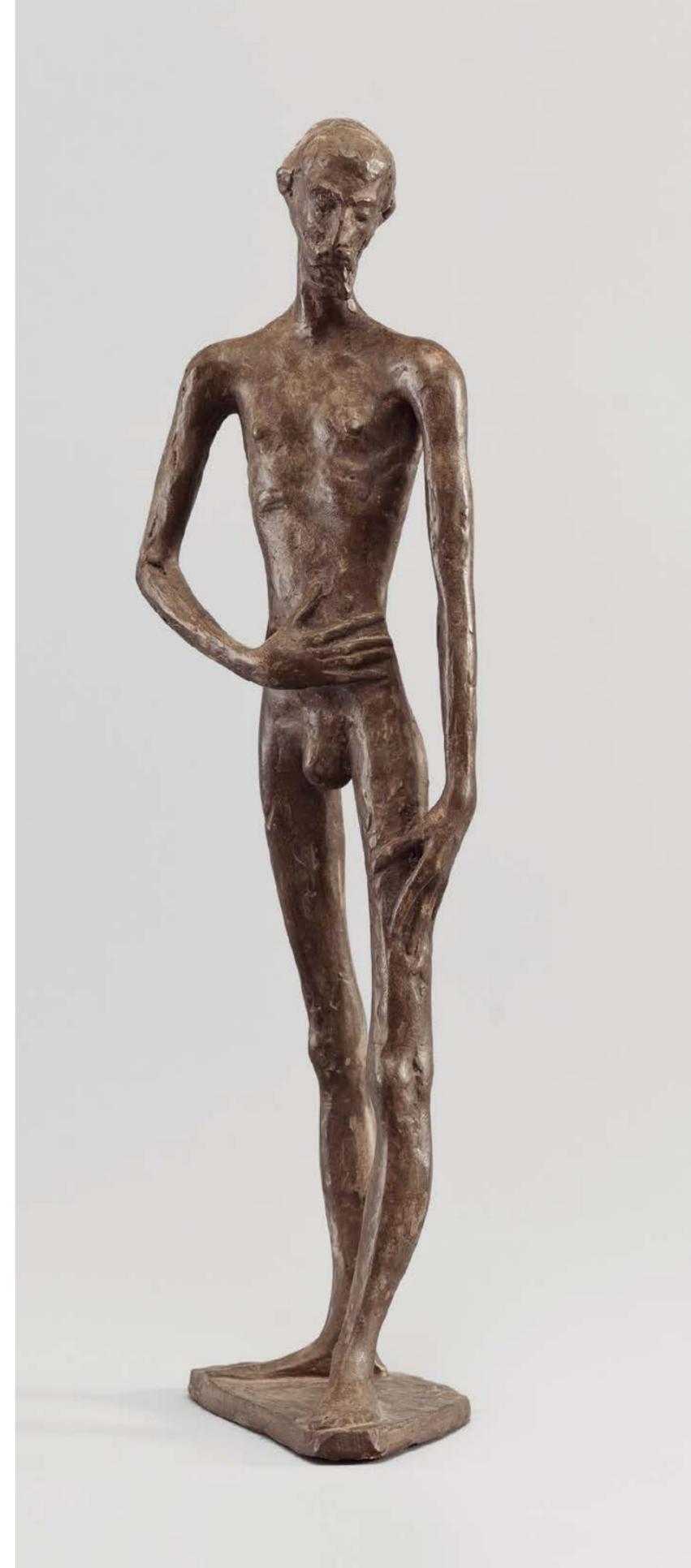
EVA

Barro Patinado · ca. 2000
45 x 11 x 15 cm.



ADÁN

Barro Patinado · ca. 2000
44 x 11 x 15 cm.



NACIMIENTO

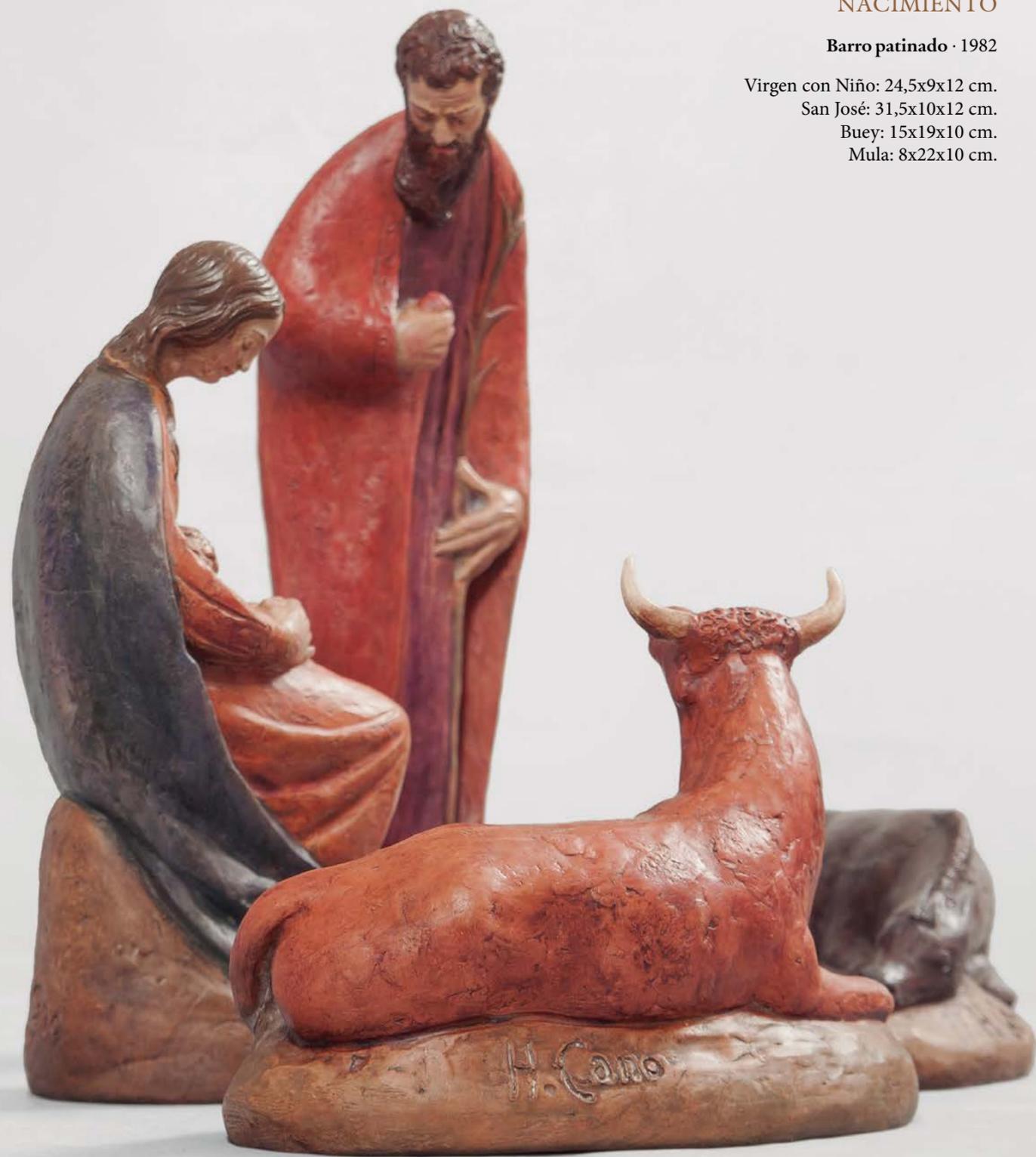
Barro patinado · 1982

Virgen con Niño: 24,5x9x12 cm.

San José: 31,5x10x12 cm.

Buey: 15x19x10 cm.

Mula: 8x22x10 cm.



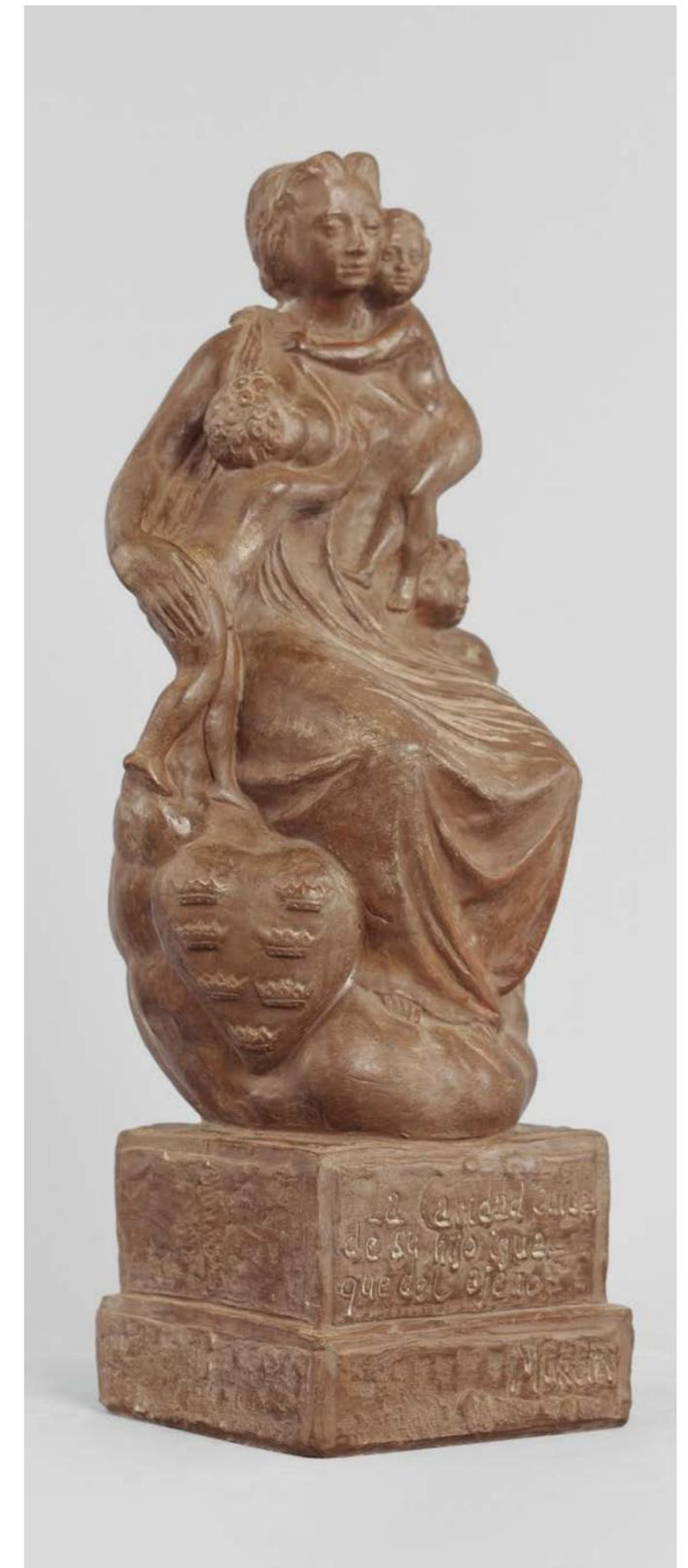
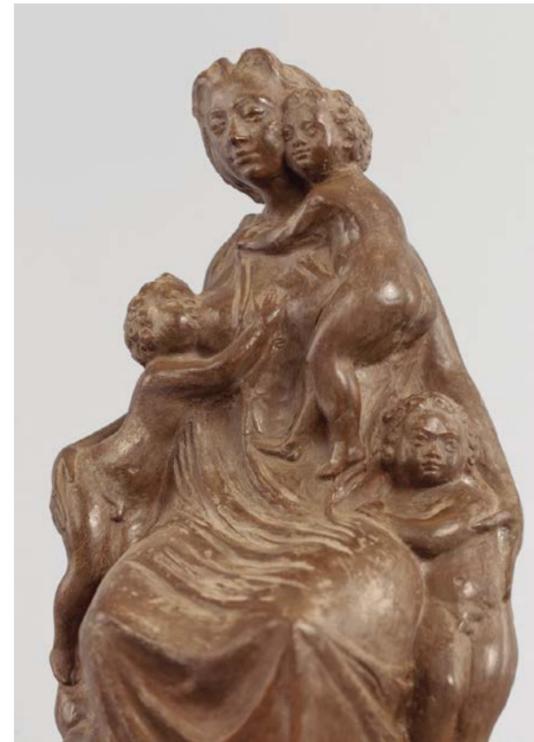
VIRGEN DE LOS
BUENOS LIBROS

Bronce · 1978
50x17x22,5 cm.



LA MATRONA DE MURCIA
O LA CARIDAD

Barro patinado · 1980
96x25x29 cm.





Retratos

*La vejez es cosa de los demás,
uno siempre es joven.*

José Hernández Cano



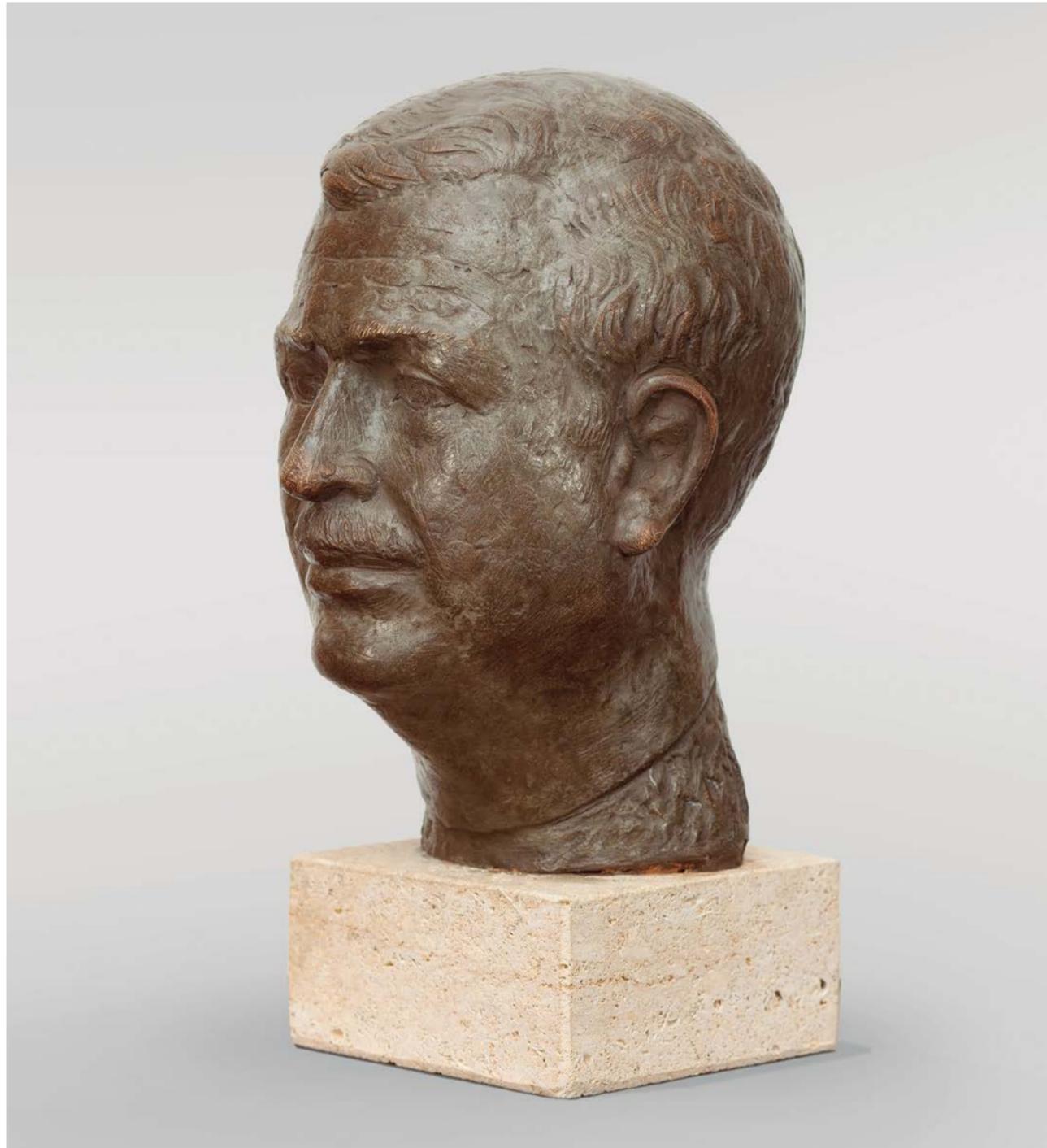
DOÑA Mª CRUZ SISO

Barro patinado · 2000
42x33x19 cm.



DON CARLOS VALCÁRCEL

Barro patinado · 1999
50x32x24 cm.



PINTOR ANTONIO CASTILLO

Barro patinado · 2005
41x18x23 cm.



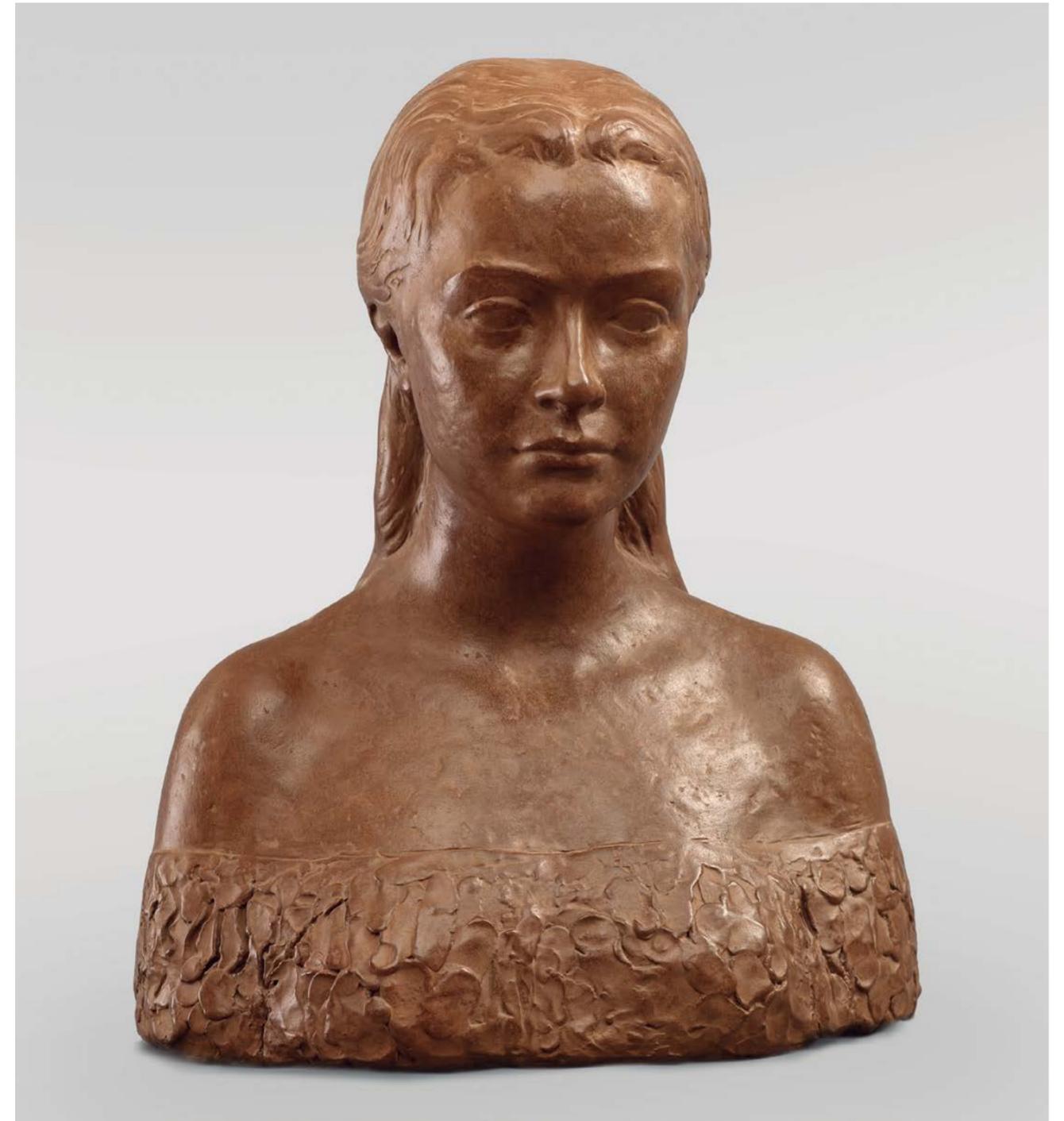
PACO EL DEL DREXCO

Barro patinado · 1985
40x20x24 cm.



LA PASIONARIA

Barro patinado · ca. 1985
20x14x17 cm.



MI HIJA MARÍA ISABEL

Barro patinado · 1993
50x40x22,5 cm.



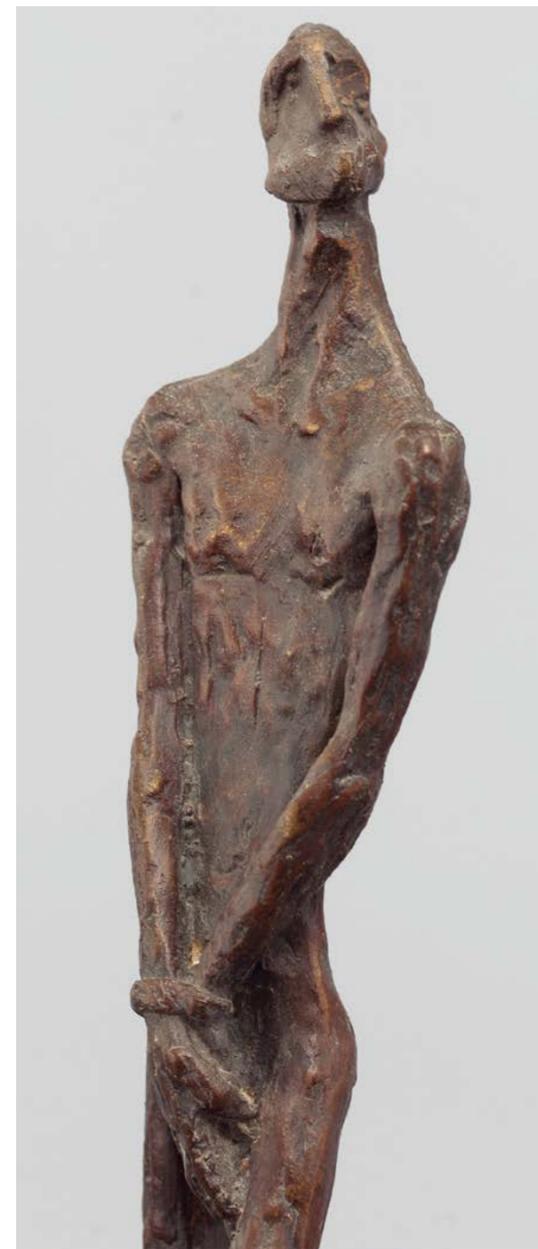
El principio de la escultura (los tíos secos)

*Hay un estresado donde no actúa
el revolucionario. El mundo está
estresado por egoísmo e incapacidad
para hacer la revolución social.*

José Hernández Cano



LA AGONÍA
Bronce · Finales de los '50
42x15x10 cm.



LA LIBERTAD MUERTA
Bronce · Finales de los '50
41x12x9 cm.





ESQUEMÁTICO

Bronce · Finales de los '50
43x16x7 cm.



EL PENSADOR

Bronce · Finales de los '50
43x13x10 cm.



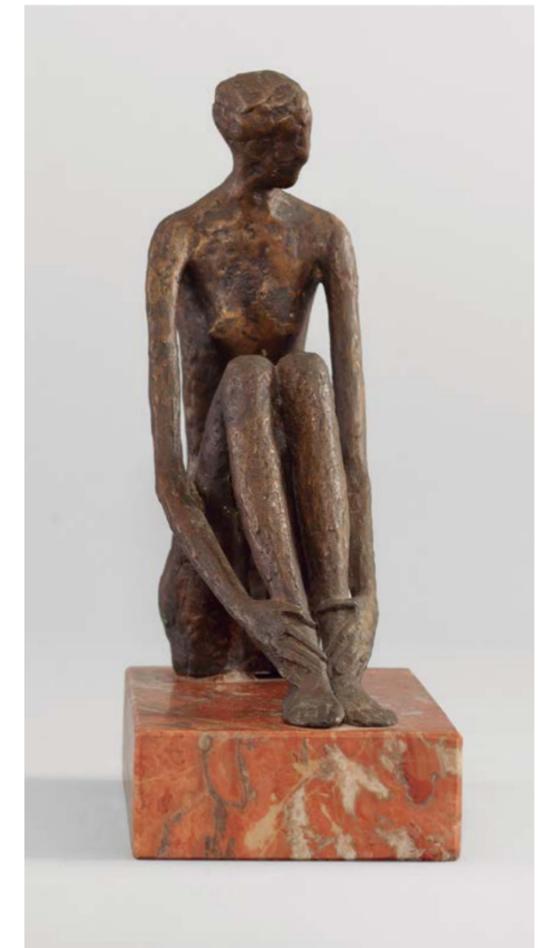
PENSANDO

Bronze · 1972
19x10x21 cm.



SENTADA

Bronze · 1972
25x18x10 cm.





Escultura monumental

*Si tu inquietud te pide la vida,
dale la vida.*

José Hernández Cano



VIRGEN MILAGROSA

*Iglesia del Carmen de Murcia.
Encargada por D. Mariano Aroca antes de
ingresar el escultor en el servicio militar.*

Madera policromada · 1950
138x48x46 cm.



CORAZÓN DE JESÚS

*Iglesia Parroquial de la Sta. Cruz, Campillo de Lorca (Murcia).
Encargo de su hermano Pedro recién llegado de las misiones en
Sudamérica, que pagó por los materiales, por lo que no se vació y
cuando la intentaron llevar en procesión no pudieron debido al
enorme peso de la obra.*

Madera policromada · 1957
189x70x55 cm.





VIRGEN DE LA CANDELARIA

*Altar mayor de la Iglesia de la Candelaria, Barranda (Murcia).
Encargada por el párroco D. Juan Valverde, recomendado por
Hernández Carpe.*

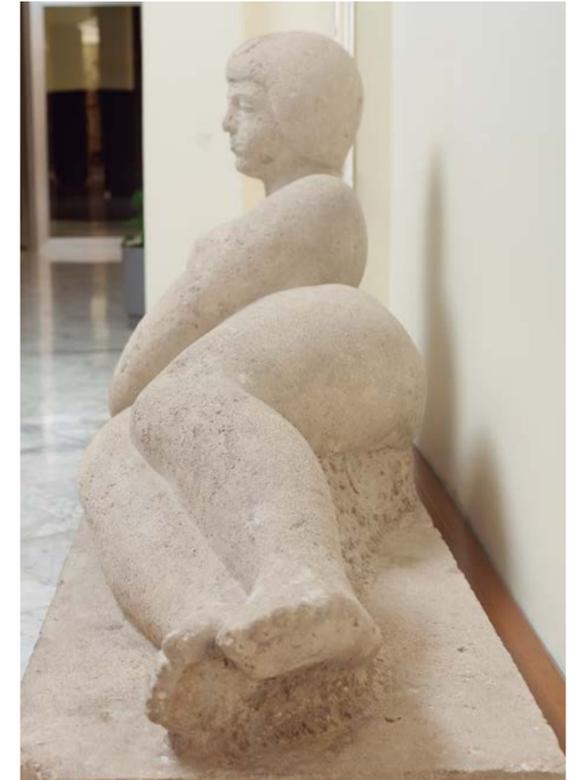
Madera policromada · 1964
3,5 metros de altura



MUJER TUMBADA

*Cámara de Comercio de Murcia.
Encargada por D. Miguel López Guzmán.*

Piedra de las canteras de Alhama · 1964
95x208x54 cm.





VIRGEN DE LA CARIDAD

*Parroquia de San Leandro en Cartagena (Murcia).
Encargo de su hermano Pedro que pagó solamente los
materiales, ya que era una iglesia con pocos recursos.*

Madera policromada · 1965
160x186x106 cm.

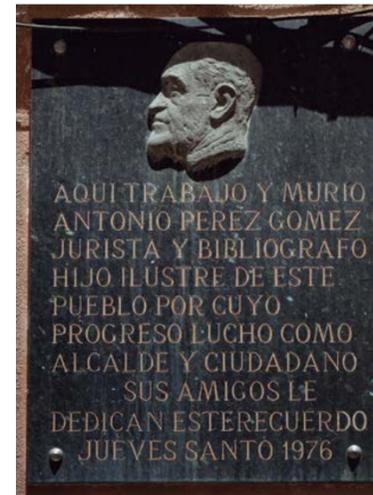


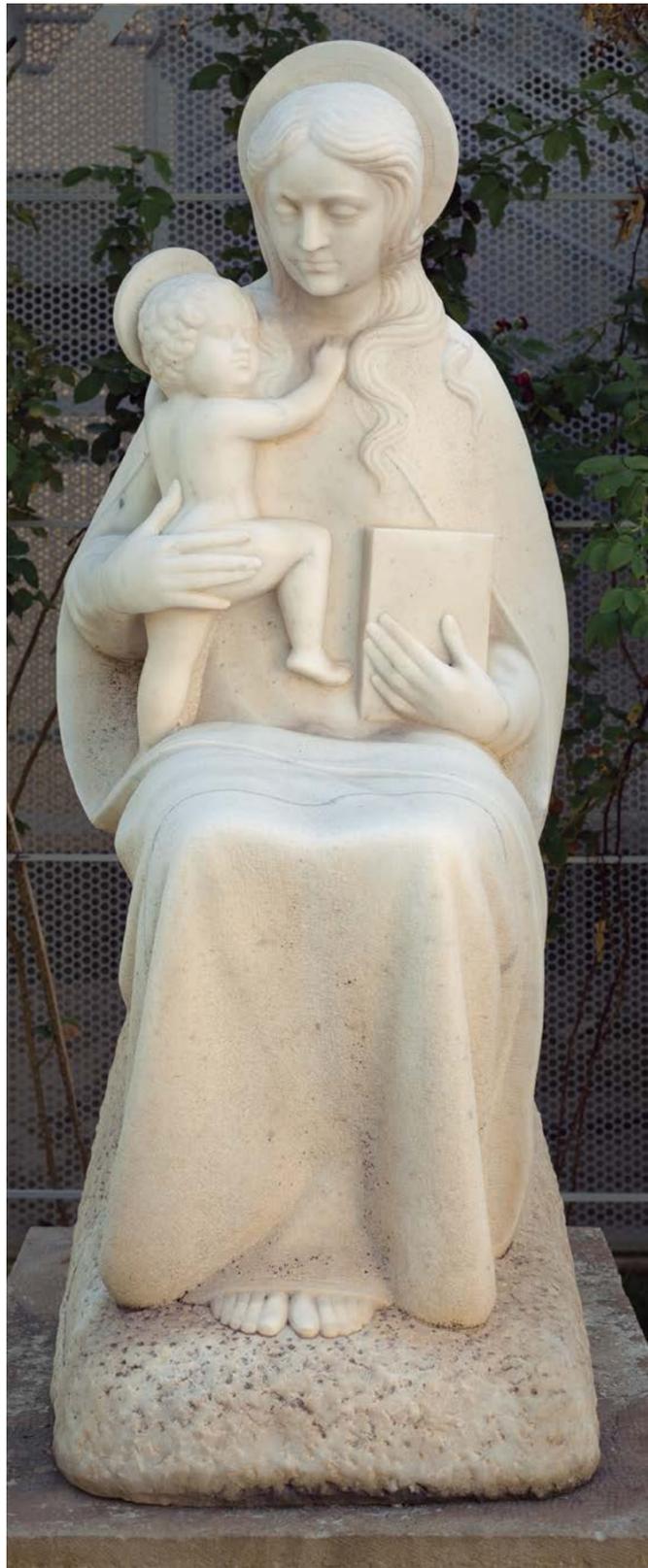
HOMENAJE A D. ANTONIO PÉREZ GÓMEZ

*Placeta de Antonio Pérez, jardín esquina C/ San Pedro con
C/ Cánovas del Castillo, Cieza (Murcia).*

Mármol blanco de Macael · 1976
140x50x30 cm.

Placa de granito con relieve de la cabeza en bronce · 1976
En su casa y lugar de trabajo de la calle El Cid.





NUESTRA SEÑORA DE LOS BUENOS LIBROS

Colegio de Fomento Monteagudo de Murcia.

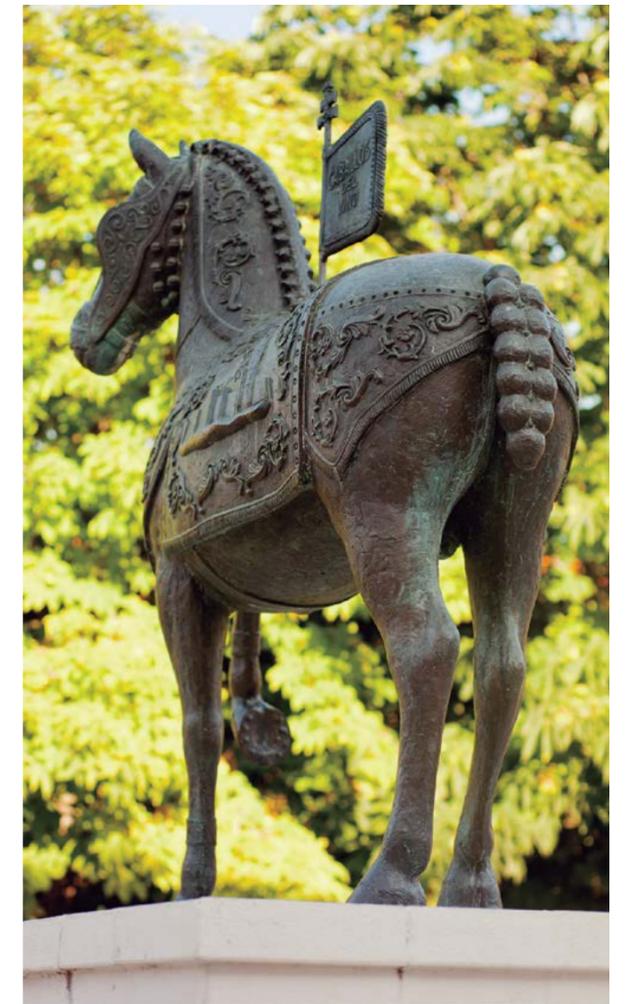
Mármol blanco de Macael · 1980
64x75x158 cm.



CABALLO DEL VINO

Plaza de los Caballos del Vino, Caravaca de la Cruz (Murcia).

Bronce · 1983
Tamaño natural.





HOMENAJE A D. ANTONIO SEGADO DEL OLMO

*Avda. Antonio Segado del Olmo, Puerto de Mazarrón (Murcia).
Relieve donado al Ayuntamiento.*

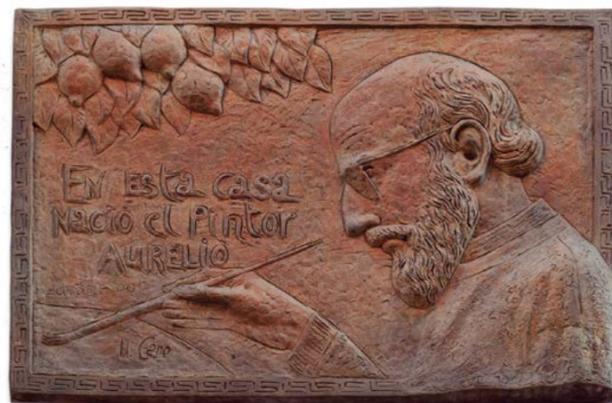
Bronce · 1986



HOMENAJE A D. JOSÉ MARTÍNEZ CABALLERO

Calle del Barco, Cieza (Murcia).

**Granito con relieve de la cabeza
en bronce · 1989**



HOMENAJE AL PINTOR AURELIO PÉREZ

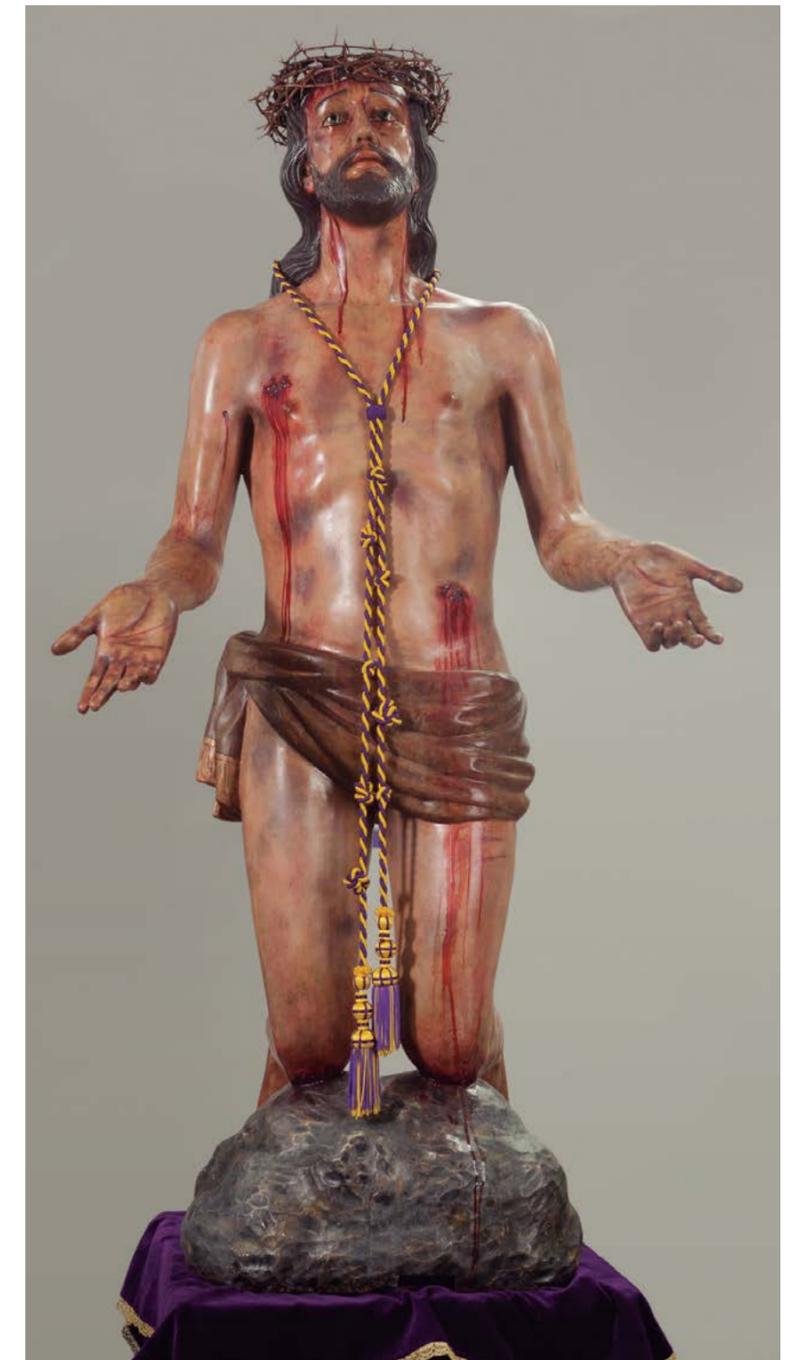
*Calle Vergara Pérez, Albama de Murcia (Murcia).
Placa en casa familiar.*

Bronce · 2000

CRISTO DEL PERDÓN

*Archicofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, Albama de Murcia (Murcia).
Paso procesional.*

**Madera policromada · 1991
160x83x96 cm.**

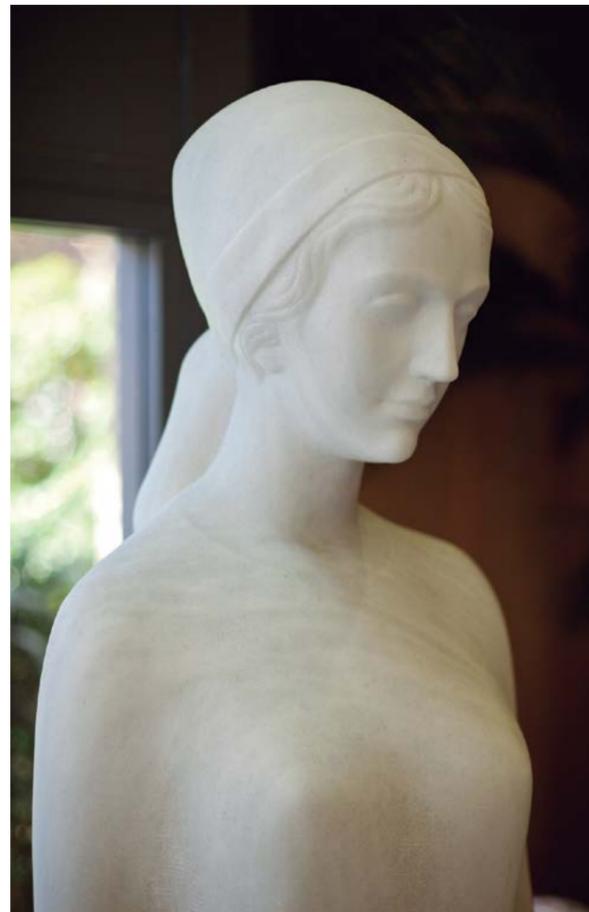




DIOSA DE LA NATURALEZA

*Fábrica de "El Pozo", Albama de Murcia, Murcia.
Encargo de D. Tomás Fuertes.*

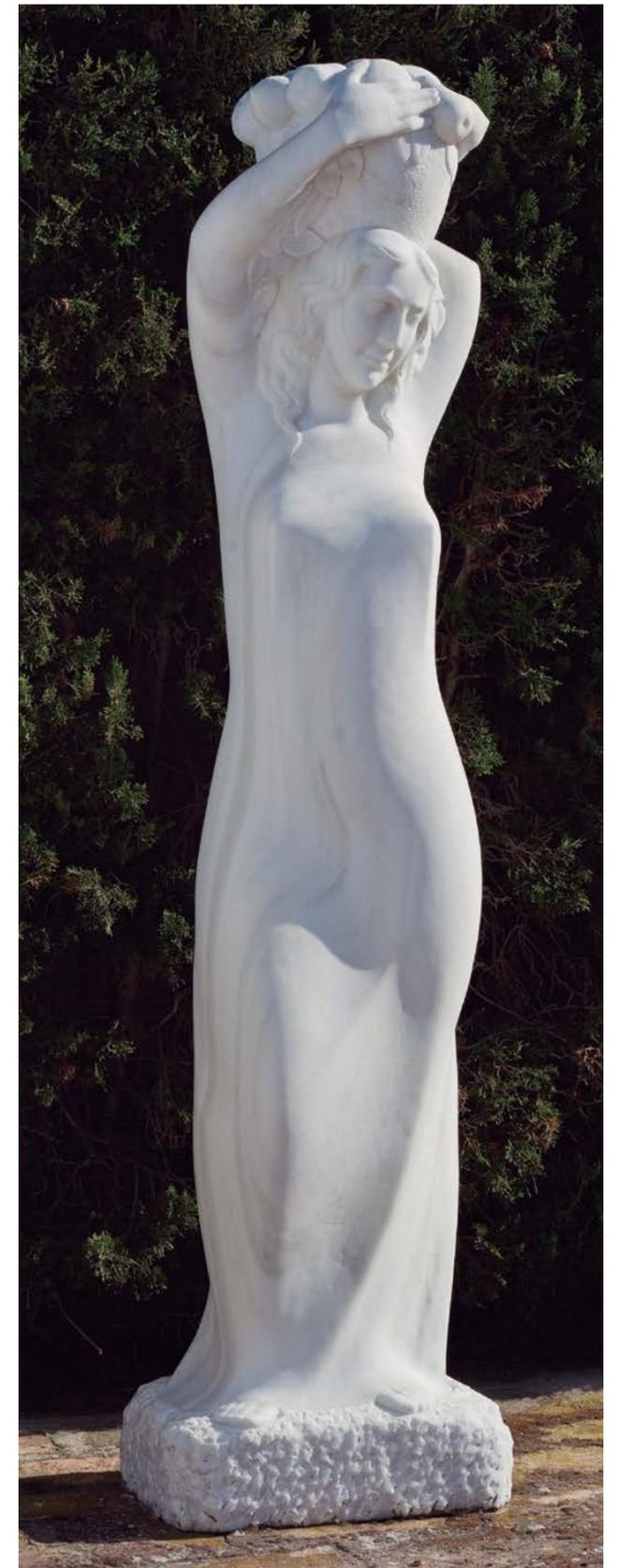
Mármol blanco de Macael · 1992
205x55x55 cm.



PRIMAVERA

Colección particular.

Mármol blanco de Macael · 1992
204x50x40 cm.



**HOMENAJE AL ALCALDE
D. JUAN PAREDES ACOSTA**

Calle del Pino, Mazarrón (Murcia).

Bronce · 1995



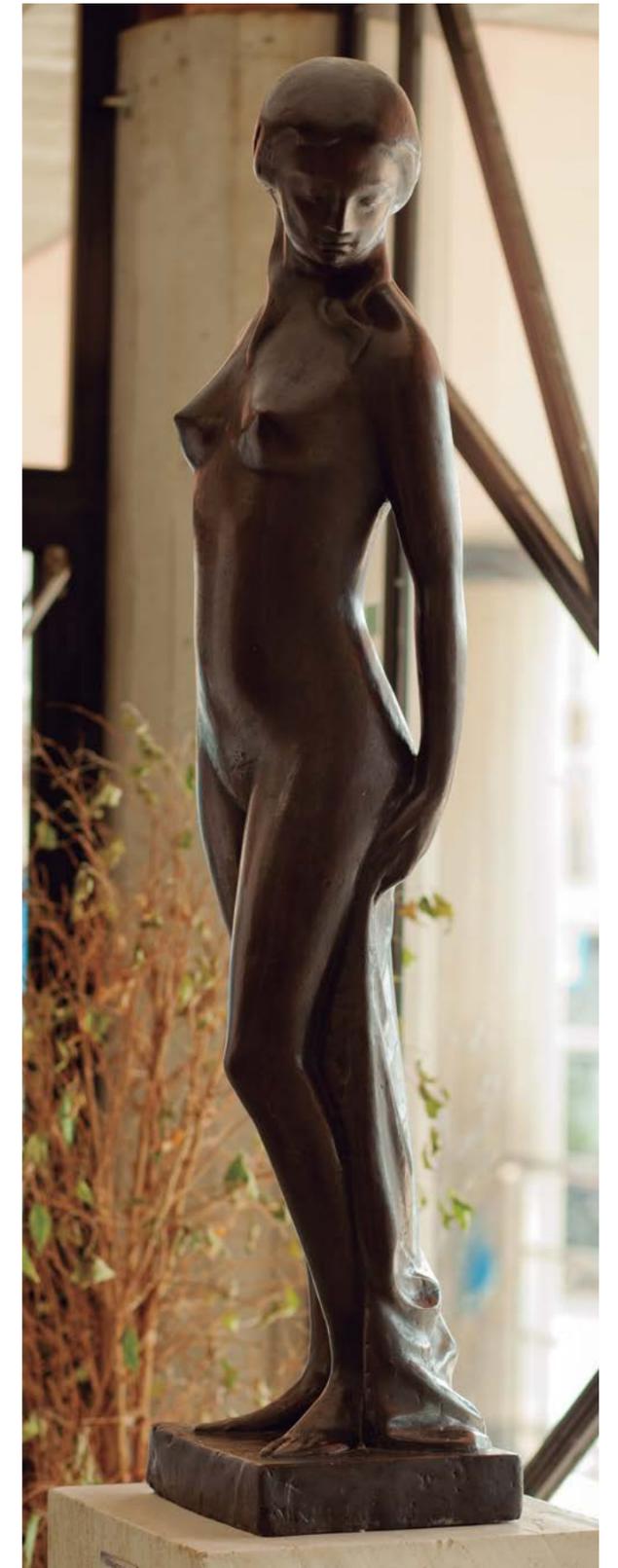
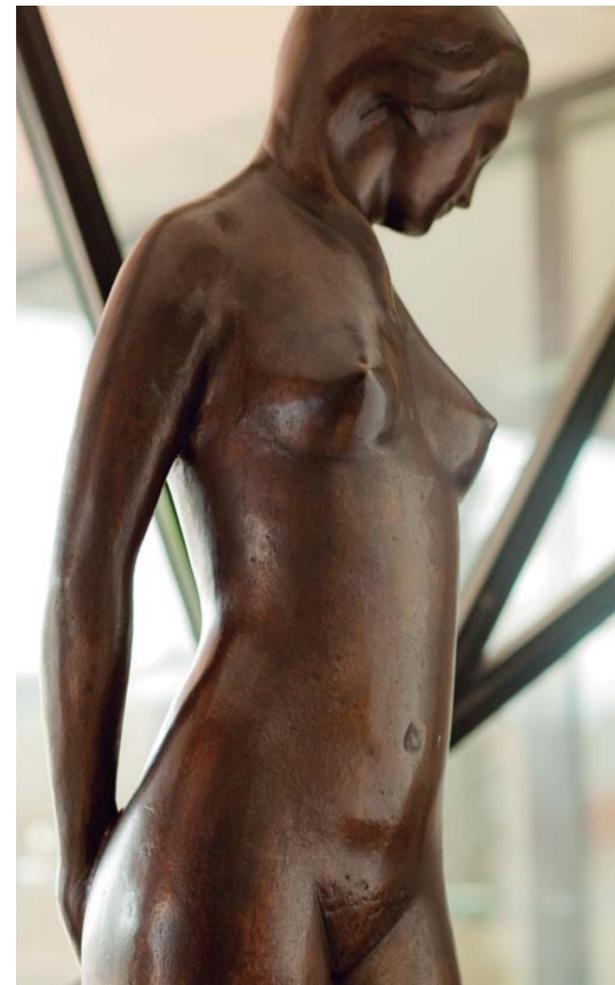
BAÑISTA

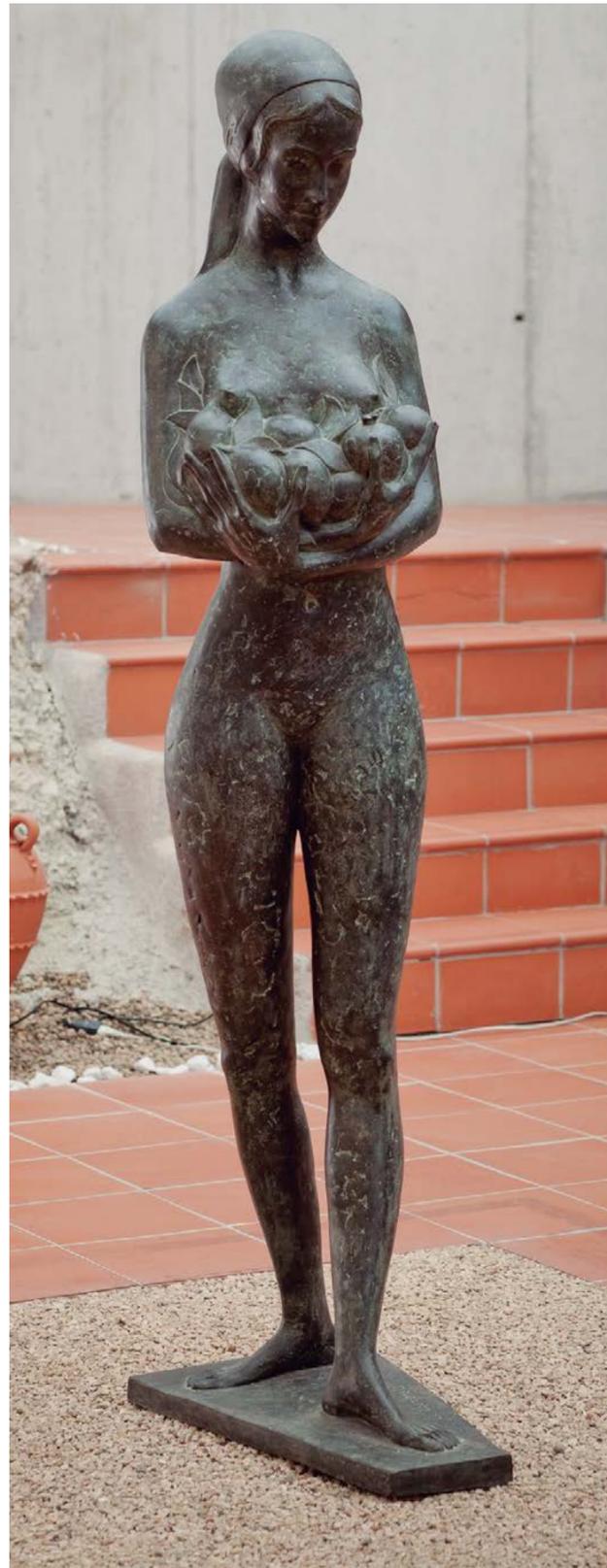
Ayuntamiento de Ceutí (Murcia).

Por encargo de D. Manuel Hurtado, Alcalde de Ceutí.

Reproducción en bronce · 2003

134x30x27 cm.

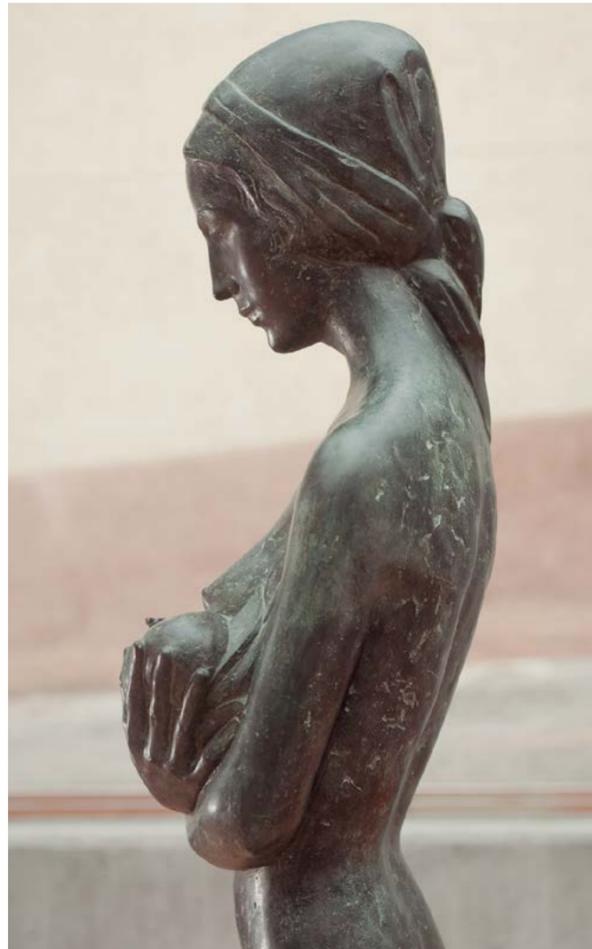




LA ABUNDANCIA

Museo de la Muralla Árabe, Ceutí (Murcia).
Por encargo de D. Manuel Hurtado, Alcalde de Ceutí.

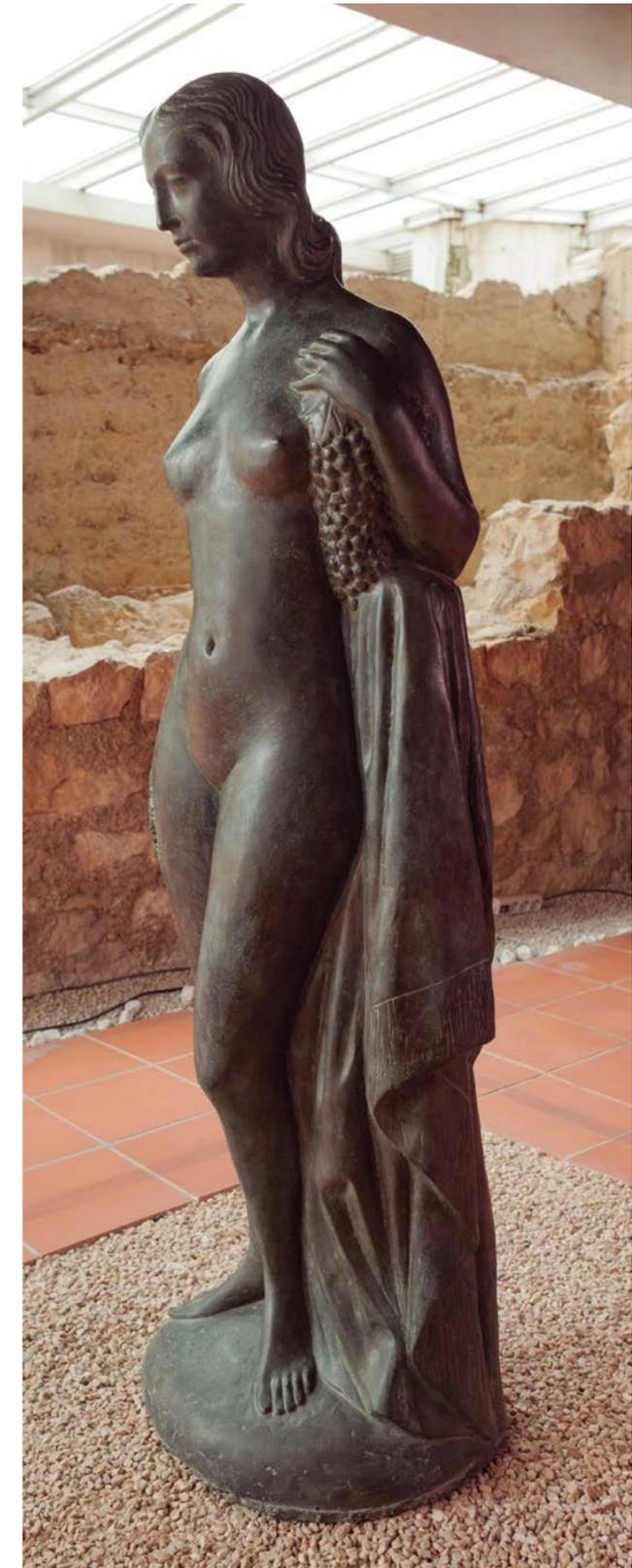
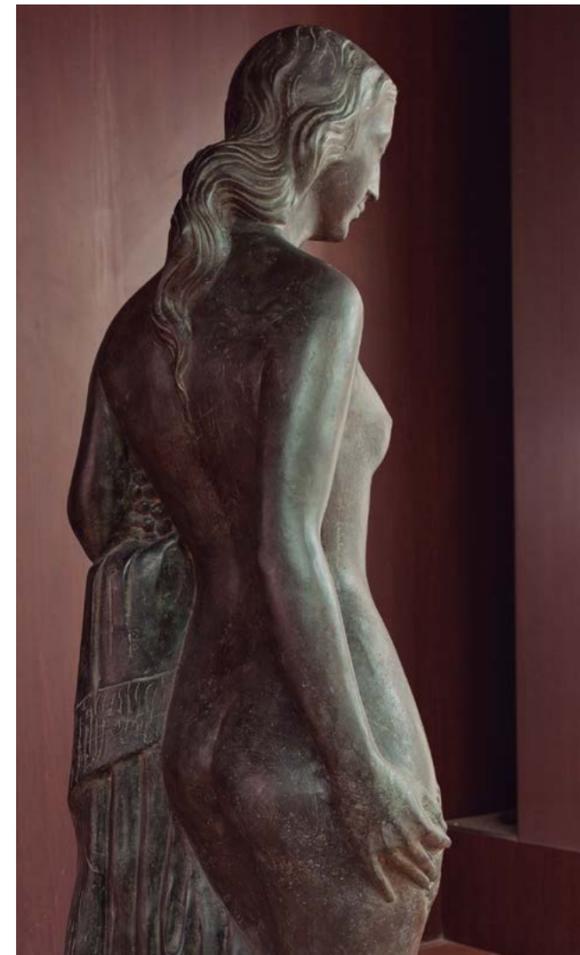
Reproducción en bronce · 2003
187x37x58 cm.



VENDIMIADORA

Museo de la Muralla Árabe, Ceutí (Murcia).
Por encargo de D. Manuel Hurtado, Alcalde de Ceutí.

Reproducción en bronce · 2003
161x60x31 cm.

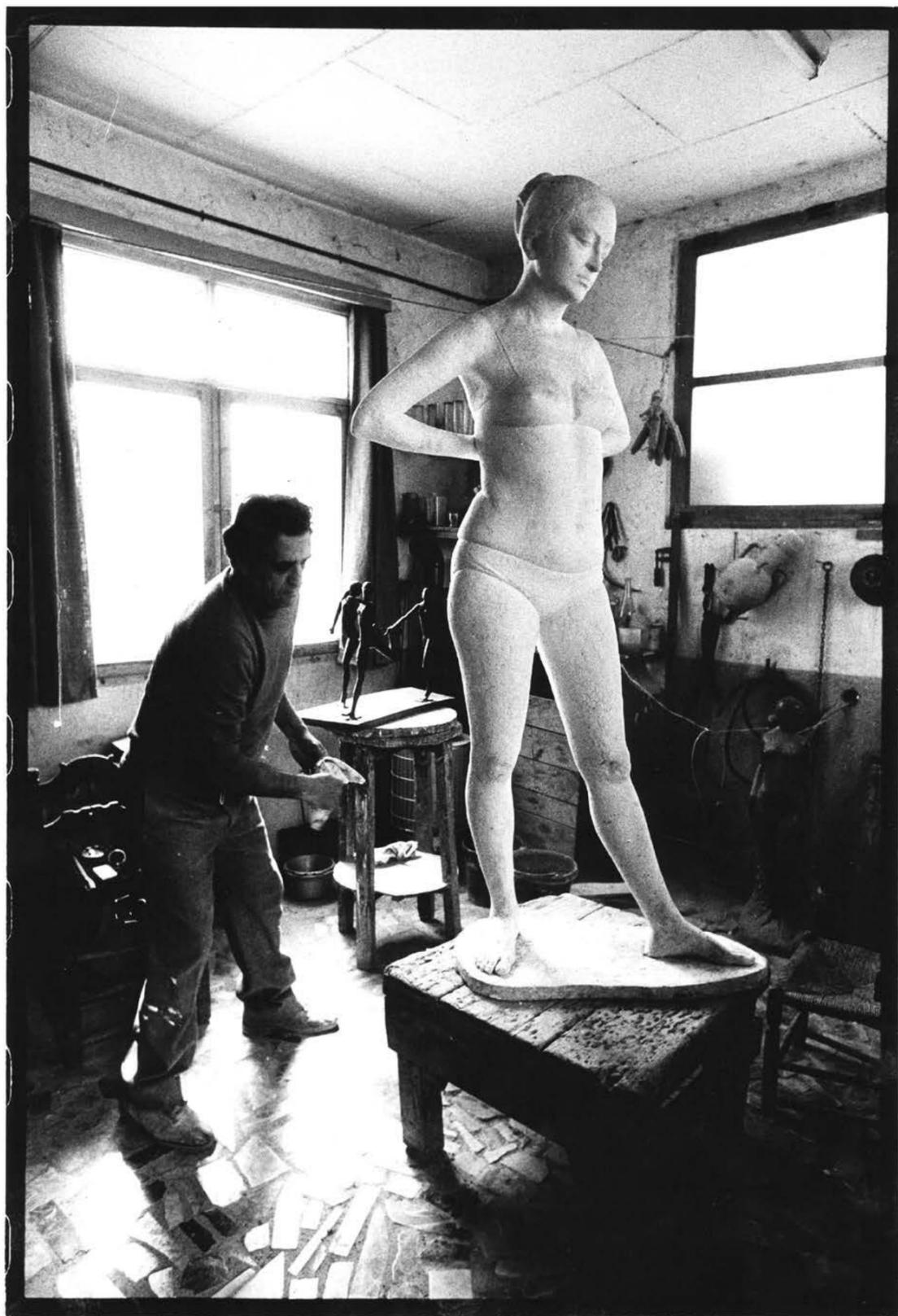


Por Favor Respetar

EL Estudio
del Escultor

Gracias





© Paco Sáimas. "José Hernández Cano en su estudio". 1984.

UN HOMBRE SENSIBLE

María Isabel Hernández Monllor

Sensible, José Hernández Cano ante todo era sensible y observador, era capaz de ver e interpretar lo que le rodeaba. Su infancia la pasó rodeado de naturaleza, a la que amaba y de la que se sorprendía continuamente, de la que aprendió de la importancia del instinto, que el instinto es noble, generoso y puro, que hay que seguirlo porque así ha sido a lo largo de la historia, y su rechazo provoca desequilibrios. El instintito de los mirlos para cortejar a su pareja cantando día y noche con gran dulzura, de los vencejos que pasan su vida volando y solo se posan, por amor a sus hijos, cuando hacen el nido y crían.

José Hernández Cano admiraba los frutos de su tierra, en especial al limón; lo curaba todo con él, de las heridas de mi infancia que él me curó con limón, irónicamente, no me quedan cicatrices. En algún momento de su infancia se dio cuenta que podía coger barro de los márgenes de las acequias para hacer figuras, hasta el maestro de la escuela habló con su padre para decirle que destacaba excepcionalmente en las clases de dibujo.

A mi padre le gustaba verme dibujar, y se sorprendía de mi interpretación del mundo a través del dibujo, cuando en aquella época los demás solo eran capaces de entender que un niño pinta mal porque no sabe.

De pequeña me gustaba verlo trabajar cuando estaba en su medio, me transmitía paz y dominio: era su espacio, el estudio en la huerta, donde estaban sus palomos a los que tanto admiraba por poder volar, y donde conseguía podar de tal manera los rosales que daban rosas en enero para mi madre, Mariola.

Un día le dije que quería modelar y me puso delante un pimiento para que lo copiase, un producto de su querida huerta, al que yo miré con desdén, porque yo quería hacer sus figuras humanas, mucho más elegantes que un simple pimiento, ¿pero qué mejor para empezar a trabajar con el barro que con algo conocido que daba la rica huerta de Murcia? Él me explicó que los pliegues y arrugas que van formando esas líneas sinuosas del pimiento eran la mejor manera de comenzar mi práctica.

Mi padre empezó a hacer yoga hacia 1974 por las mañanas en casa, cuando aquello todavía era una disciplina nada habitual y el que sabía de su existencia pensaba que era de "raritos". Se sentaba con una manta en el salón, en silencio, y entonces yo me acercaba al alba temerosa y le preguntaba qué hacía, él me contestaba que era yoga y me ofrecía realizar algunas posturas junto a él. Era en silencio, con serenidad, por lo que yo lo vivía aquello como una experiencia sumamente importante, casi trascendente.

José Hernández Cano era un hombre rebelde, y esa sensibilidad tan suya la protegía con una coraza, por lo que no todo el mundo supo entenderlo. Como hombre noble y justo que era, se rebelaba ante las injusticias y por eso se le tachó de reivindicativo: porque cuando hablaba sentenciaba, y con esa fuerte presencia, reforzada por su envergadura y su mirada azul (que era apacible en su entorno), podía pasar por alguien intimidante, pero solamente ante las injusticias.

Era un visionario, aunque más que eso, era una persona que se fijaba y ahondaba donde otros pasaban de puntillas, por lo que era también capaz de ver las consecuencias. De pensamiento reflexivo, escribía sobre todo lo que sentía, y sus pensamientos, eran su manera de desahogarse y vaciar su interior porque no solía encontrar gente que le escuchara, lo que él veía no era agradable, y la gente no quiere complicaciones.

Siento que nunca le agradecí lo suficiente los valores que me transmitió: honestidad, nobleza, sinceridad y justicia, el amor a la naturaleza y el respeto a los demás, la lucha incansable por ser mejor persona para sembrar un mundo mejor.

Con estas líneas, quiero que se conozca al artista a través de su dimensión humana, ya que todo esto queda reflejado en su obra: era un revolucionario, pero su revolución era pacífica.

Consiguió un barro del margen del Reguerón con el que decía que iba a hacer la revolución, y que esa revolución artística conllevaría una revolución social. Le costaba asumir que la gente se quedara impasible ante las magníficas obras de arte.

En su obra quería transmitir elegancia desafiante, provocadora, firme; era su legado, su manera de sembrar. Como buen hijo de huertano, sabía que de lo que se siembra se recoge y quería dejar el mejor legado posible.

Por instinto, así se llama esta exposición, ese instinto que él siempre intentaba seguir, ese instinto que me lleva a embarcarme en este gran reto.

A él le gustaban los materiales a los que llamaba nobles, la madera, el barro, la piedra y el bronce, por su clásica maleabilidad y frágil dureza, de los que llevaré siempre en mi memoria el aroma. Este catálogo en su honor se ha centrado en los colores de esos materiales. Consideraba que las esculturas tienen 360 grados, y que la gente debe girar alrededor de las obras para no perderse puntos de vista distintos, ya que en cada uno de ellos pueden verse cosas diferentes, por eso en el catálogo se ha intentado fotografiarlas desde diferentes ángulos, para sacar el mejor partido de cada obra. Y como él decía "sabiduría es saber seguir el curso de la naturaleza"

¡¡¡Va por ti papá!!!

BIOGRAFÍA

Durante la quema en el Plano de San Francisco de la Purísima de Salzillo, obra culmen del escultor, la madre de José Hernández Cano sufría las primeras contracciones según ella misma relataba. En su DNI siempre constó como fecha de su nacimiento el 6 de mayo de 1932, pero al ser este acontecimiento anterior se solicitó la partida bautismal en la Iglesia del Carmen y efectivamente la fecha era el 16 de mayo de 1931, que otorga más veracidad a la anécdota que lo que constaba en el registro.

José Hernández Cano nace en la casa paterna en la Carretera de Alcantarilla km 1 nº 102, inmersa en plena huerta murciana. Su padre fue Pedro Hernández Guillamón, dedicado a su huerta, y su madre Isabel Cano Ortín que aprendió a leer con la voluntad de conocer la vida de los santos, sacaron adelante muy holgadamente para la época a cinco hijos: Manuela, Antonia, Pedro, José y Francisco, gracias a su ingenio y mucho trabajo. El padre lo mismo hacía de maestro de obras en las construcciones de nuevas casas, que castraba a los marranos, tallaba una virgen, montaba una barraca en Los Alcázares todos los veranos, amortajaba a los hombres sin recursos o ejercía de hombre bueno en el reparto de las aguas y con las lindes de las tierras, ya que era muy respetado por su carácter y su sentido de la justicia.

Empieza sus estudios con un maestro muy católico en la Calle Cartagena D. José Ripoll, ya que era época de guerra y su padre decide llevarlo allí. Una vez acabada la guerra continúa con otro maestro que está más cerca de su casa en la carretera de Alcantarilla, D. Ángel Molina un maestro republicano, él es el que nota que destaca por sus habilidades artísticas haciendo mapas y en las clases de dibujo de los viernes por la tarde, y así se lo hace saber al padre quien consigue que entre en el taller del escultor Bernabé Gil en la Calle Baraundillo a la edad de catorce años, donde comienza a modelar en barro. Lo compatibiliza con los estudios en la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos de Murcia en las asignaturas de dibujo y modelado, donde tiene como profesores entre otros a José Planes, Luis Garay y Clemente Cantos.

De allí pasa a trabajar con Carlos Rodríguez y posteriormente, por mediación del escultor Antonio Campillo y D. Mariano Aroca, párroco en ese momento de la Iglesia del Carmen, entra en el taller de Juan González Moreno en el antiguo Archivo Notarial en la Calle Vara de Rey a la edad de 17 años, donde desarrolla el oficio de imaginero y aprende las técnicas del vaciado, saca de puntos, talla en madera, dorado, estofa y policromía. Cabe destacar la colaboración con Juan González Moreno en varios de los pasos procesionales de la semana santa murciana y en los relieves del santuario de la Virgen de la Fuensanta.



José Hernández Cano y su hermano Francisco en la escuela. Hacia 1939.



Trabajando junto a Juan García Carrión y Pepe González Marcos. Hacia 1952.



En la casa familiar de la Carretera de Alcantarilla. Años 60.



Los artistas Juan González Moreno, Antonio Garrigós, Antonio Campillo, José Molera, José Hernández Cano y Juan Díaz Carrión. Hacia 1959.



José María Párraga, Antonio Ballester, José Hernández Cano, Monique y Mariano Ballester de camino a San Antón para bendecir una cabra el día del Patrón de los animales. Años 60.



Reunión de amigos con motivo de la despedida a Paco Toledo por su traslado a Madrid. Hacia 1959.

El ático del Archivo Notarial era un espacio cedido por el Ayuntamiento donde diferentes pintores y escultores realizaban su obra e intercambiaban impresiones. Entre ellos se encontraban, Juan González Moreno, Mariano Ballester, Antonio Garrigós, Paco y Pepe Toledo, González Marcos, Antonio Campillo, José María Párraga y otros. La cercanía de los estudios de otros artistas en el barrio de Santa Eulalia como el de Juan Díaz Carrión, Pedro Pardo y Elisa Séiquer, hacía que el grupo de artistas fuera numeroso y con gran contacto.

Cuando se convocan becas para ir a estudiar a Madrid, los compañeros lo animan a presentarse, pero siempre prefiere quedarse, pues considera que la huerta de Murcia es la fuente de su inspiración.

Alrededor del 1968 decide abandonar el Archivo Notarial y se construye un pequeño estudio en las tierras de la familia en el Camino Hondo. En ese momento se le despierta la inquietud de trabajar con la piedra y el mármol, como ya hicieron los grandes escultores de la historia a los que tanto admiraba, por lo que para aprender la técnica decide trabajar en las canteras. Posteriormente trabaja con Manuel Tornel, Pedro el Cantero y Serrano, y practicar su labor realizando allí numerosas lápidas. El mármol y la piedra son los materiales que junto con el barro, la madera y el bronce utilizará, puesto que los considera los materiales nobles por excelencia.

En 1972 se casa con Mariola Monllor Molina, hija de Jorge Monllor, pintor y gran amigo de Mariano Ballester, ya que precisamente se conocen debido a esa amistad surgida en el Archivo Notarial, y de ese enlace nace su única hija María Isabel. Cuando su trabajo le permitía reunir algunos ahorros le gustaba pasar temporadas en Madrid y Barcelona, dibujando del natural en los Círculos de Bellas Artes de esas dos ciudades, donde era capaz de hacer hasta 3 bocetos en los diez minutos que duraba cada posado.

Su ideología política, hasta entonces poco expresada pero por todos sabida, hace que se afilie al Partido Comunista. Durante este periodo de tiempo hay cambios políticos y él que tanto albergaba la esperanza de un mundo mejor, considera que estos cambios no son los que él tanto ansiaba, por lo que decide junto con Jose María Párraga repartir octavillas abogando “por la belleza y el equilibrio” mientras alzaban pancartas durante las inauguraciones de las Bienales de pintura y escultura que organizaba la Consejería de Cultura y las exposiciones Contraparada que cada septiembre celebraba el Ayuntamiento en el Almudí, porque según ellos se gastaban muchísimo dinero en artistas abstractos de fuera, y no se cuidaba lo suficiente a los artistas murcianos.

Viendo que era una lucha imposible, y añadido el del fallecimiento de su padre al que tanto admiraba (dejó de cantar flamenco que tanto le gustaba mientras trabajaba), decide recluirse, perdiendo el contacto con la mayoría de sus compañeros ya que se encierra solo en su estudio inspirado por la naturaleza del entorno de huerta donde estaba ubicado su taller y se centra únicamente en sus creaciones, realizando en ese momento múltiples encargos privados, y trabajando también en investigaciones que le interesan: de ahí surgen los homenajes a obras históricas que vemos en la exposición, y en las que el desnudo femenino es el indiscutible protagonista, especialmente del Renacimiento, figuras masculinas extremadamente delgadas, que Hernández Cano decía que eran el principio de la escultura y de sus toreros.

Viaja frecuentemente a Madrid para fundir obra con Capa, aunque posteriormente decide continuar trabajando con Ismael Hernández, un trabajador de Capa que monta su propia fundición y al que le une una gran amistad.

Conoce a Anastasio Martínez, que le alienta a obtener el título de Graduado en Artes Plásticas en la especialidad de "Talla y de Maestro de Taller", título que obtiene en 1984, para luego opositar como profesor. Pero después de obtener los títulos decidió no optar por la docencia, pues consideraba que le quitaba libertad para realizar su obra.



José Hernández Cano en su estudio.



José Hernández Cano con su mujer Mariola Monllor en el Archivo Notarial, en la Calle Vara de Rey. Hacia 1969.

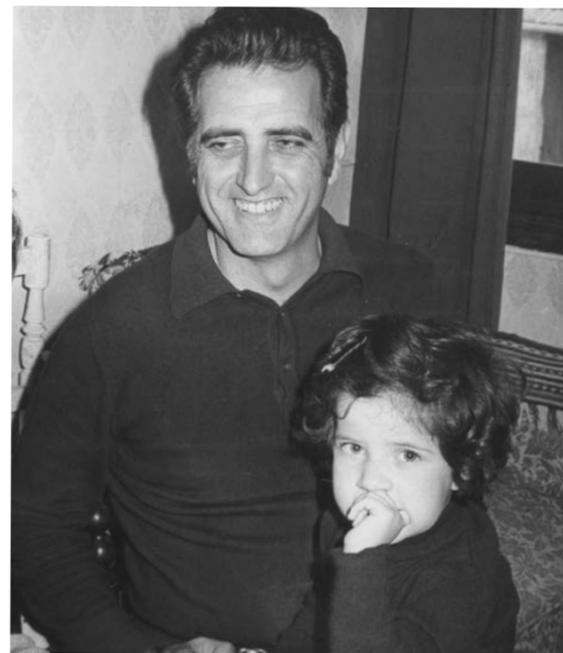
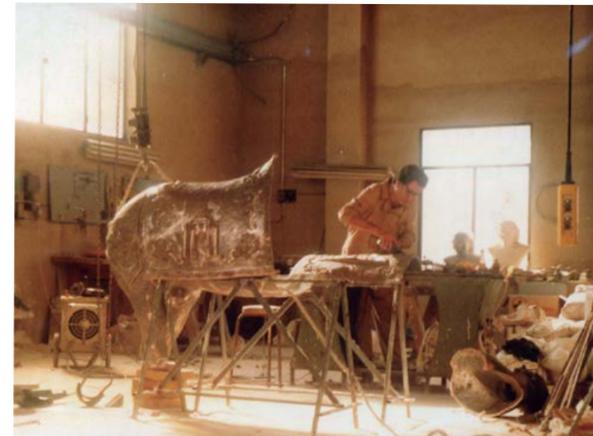


Foto con su hija María Isabel que ilustró la entrevista que realizó Pedro Soler para el medio Diario de Murcia, por la obtención del premio de Sevilla. 1975. Foto: Tomás.



Pepe Toledo, Vicente Ruiz, Pepe Molera, Juan González Moreno, Muñoz Barberán, Pepe Hernández, Marcos Salvador Romera, Rafael Rosillo, Vicente Martínez Gadea, Cbelete Monereo, Antonio Ballester, Severo Almansa, Rubio Pacheco, Morales, Pepe Marcos, Anastasio Martínez Valcárcel, Elisa Séiquer, Pepe Planes, Perico Pardo, Jose María Falgas, Alarcón Felices, Jose Luis Cacho, Jose María Garres, Ignacio García y Alfonso Albacete.



Trabajando en el Caballo del Vino de Caravaca. 1981.



En su estudio del Camino Hondo tallando el Cristo del Perdón. 1990.



Con su mujer Mariola y su hija María Isabel en Mazarrón. 2015.



De visita en la casa de Miguel Valverde con Pedro Soler. 2016.

Comienza a pasar los veranos en Mazarrón junto a su familia, decidiendo este lugar porque allí residían tanto su primo Pedro, panadero del Puerto, al que a veces ayudaba y al que le une un gran afecto, como un primo lejano, Paco el Picón, pescador con el que se iba en el barco a faenar y con quien vivió numerosas anécdotas. Allí encuentra a Antonio Segado del Olmo, y éste con el carácter afable que le caracterizaba consigue reunir un grupo de artistas que también veraneaban allí, como Pepe Lucas, Pedro Guerrero, Pepe Caride, Aurelio... pasando juntos noches inolvidables dialogando sobre arte y política, tanto en el porche de su casa, como en la cafetería el Faro. Es en estos veranos cuando disfruta de ver amanecer mientras se baña en Bolnuevo, hace yoga, da largos paseos en bicicleta y, en definitiva, encuentra la inspiración y necesidad de escribir sus pensamientos.

Alrededor del 1993 decide publicar un pequeño libro titulado “La Perestroika del escultor” que regala a amigos, ilustrado por José María Párraga, con reseña de Pedro Soler y fotografía de Ángel Martínez.

Es nombrado Académico Correspondiente en 2001 por la Real Academia de Bellas Artes de Santa María de la Arrixaca.

Sigue trabajando en su estudio rodeado de sus palomos; disfrutaba viéndolos volar y observando su comportamiento, era un enamorado de las aves porque para él eran la máxima expresión de libertad. Desarrolla su obra buscando en sus raíces la provocación desde la belleza de sus obras “Ante una gran faena de un torero, todo el mundo vibra y se pone de acuerdo. Lo que hace falta para entendernos es arte y artistas con valor para ejecutarlo”.

Deja de trabajar cuando nota que tiene sus facultades mermadas, sin que en ningún momento se note un cambio en su trayectoria artística, ni disminución en la calidad.

Fallece el 18 de septiembre de 2017.

El anhelo de toda su vida fue que se creara un centro donde los artistas pudieran juntarse, conocerse, comunicarse y cambiar impresiones, ambiente que él conoció durante su juventud en el Archivo Notarial.

José Hernández Cano, alto, de mirada azul penetrante y presencia que no dejaba impasible, de una gran sensibilidad, aunque brusco ante las injusticias, noble, recto, sabio, fue un hombre libre que estuvo al margen de tendencias artísticas, y ante todo un enamorado de la vida, la naturaleza y del arte en todos sus sentidos, un buscador incansable de la belleza que llevaba dentro de sí.

Texto fruto de una primera investigación, susceptible de posteriores ampliaciones o modificaciones.



© Paco Salinas. "José Hernández Cano en su estudio". 1984.



PREMIOS

- 1949** Gana el Primer Premio de Escultura en la “IX Exposición de Arte del Productor” con la obra “Busto” y en 1953 vuelve a exponer en la misma colectiva con una obra catalogada con el número dos.
- 1974** Premio Guadalquivir.
- 1975** Premio de la Dirección General de Cultura Popular.
- 1976** Premio de la Universidad de Sevilla.
- 1978** Premio de la Real Academia de Bellas Artes y el legado de Josefina Von Karman.
- 1986** En la Primera Bienal de Escultura de Murcia le es adquirido el grupo titulado El Relevo en bronce.

EXPOSICIONES

- 1972** Hernández Cano. Grifé & Skoda., Madrid.
- 1975** “José Hernández Cano” Galería de Arte Chys, Murcia.
- 1975** “H. Cano esculturas y Párraga Luna pirograbado” Sala de Exposiciones Ser, Delegación Local de la Juventud, Cieza, Murcia.
- 1980** “Salón de la escultura” Exposición colectiva. Museo de Murcia sección de Bellas Artes.
- 1983.** “Homenaje a Salzillo” Belén exposición Peña Socio-Cultural La Pava, participa con el conjunto escultórico “Las migas”. Barro cocido. Iglesia de San Juan de Dios. Murcia.
- 1984** “Contraparada 5. Murcia en 3 Dimensiones”.
- 1987** “Exponen Párraga y Hernández Cano” Galería Zero, Murcia.
- 1987** “Jose María Párraga y José Hernández Cano. Antología” Galería de Arte Juan De Juanes. Orihuela (Alicante).
- 1987** “Segunda Exposición Colectiva: Artistas por la Juventud” Salón de Actos del Instituto Francisco Salzillo, Alcantarilla (Murcia).
- 1990** “VIII Exposición Colectiva” Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Bellas Artes y Profesores de Dibujo de Murcia. Sala de Exposiciones CAM. Jumilla.
- 1991** “¡A los toros!” Sala de las Caballerizas, Molinos del Río Segura. Murcia.
- 1997** “Hernández Cano” Galería de Arte Thais, Lorca (Murcia).
- 1998** “Esculturas” Los Molinos del Río Segura. Sala Caballerizas. Murcia.
- 1998** “Párraga y Hernández Cano” Organizado por la Asociación Cultural Kilómetro Cero, colabora CajaMurcia, Torre-Pacheco (Murcia).
- 1999** “Esculturas” Galería EFE Serrano, Cieza (Murcia).
- 1999** “Esculturas” Salón de Actos Biblioteca Municipal de La Alberca, Murcia.
- 2000** “20 toreros del siglo XX” Exposición colectiva. Centro de Arte Palacio Almodí. Ayuntamiento de Murcia.
- 2000** “Murcia, 1956-1972. Una ciudad hacia el desarrollo” Exposición colectiva. Centro de Arte Palacio Almodí. Murcia.
- 2001** “Esculturas” tema taurino. Centro de Arte Palacio Almodí Ayuntamiento de Murcia.
- 2001** “Carnaval” Exposición colectiva, Galería EFE Serrano, Cieza (Murcia).
- 2004** “Artistas con Ceutí” exposición colectiva. Ayuntamiento de Ceutí. Murcia.
- 2005** “Exposición Inaugural Colectiva” Sala de exposiciones Salzillo Artes Plásticas, Cieza. Murcia.
- 2006** “Murcia, una generación de escultores” Sala de exposiciones CAM, Glorieta de España, Murcia.
- 2006** “Toreros” Museo Municipal Taurino de Murcia.
- 2006** “Arte Águilas” Exposición colectiva. Galería de Arte Mirando al Mar. Águilas (Murcia).
- 2007** “Murcia con Salzillo”. Exposición colectiva. Participa con un San Juan, barro cocido. Sala de Exposiciones CAM, Glorieta de España, Murcia.
- 2017** “Arte y Mecenazgo. Una colección de Arte Regional” Exposición colectiva. Participa con un torso, piedra. Palacio Almodí. Murcia.
- 2017** “Santa Eulalia el barrio de los artistas (1875-1975), de un tiempo, de un lugar” Exposición colectiva. Iglesia del Convento de San Antonio. Murcia.
- 2018** “Murcia: Una generación de escultores” Exposición colectiva en el Ayuntamiento de Murcia.
- 2018** “El rito en los vuelos del capote” Exposición colectiva. Museo de la Ciudad. Ayuntamiento de Murcia.
- 2018** “Artistas Murcianos Segunda Mitad del Siglo XX” Exposición colectiva. Museo de la Huerta, Alcantarilla (Murcia).

PENSAMIENTOS DEL ESCULTOR JOSÉ HERNÁNDEZ CANO

No presumas nunca de nada, porque parece que la vida está al acecho.

Y cuando trabajas en lo que es tu vocación, toda la vida te sabrá a poco.

Yo soy un provocador, sí señor, ¿acaso no es una provocadora la primavera o la belleza, que tienen nombre de mujer como Eva?, no me importa, ¿qué sería de nosotros si no fuera por la provocación de Eva?

Del aislamiento viene la muerte, del contacto la vida.

Quien no ama no vive ni deja vivir.

Vivo como en un túnel y lucho en las condiciones que el túnel me permite, con la esperanza de un día ver lo que pienso y poder estirarme.

Si algo ha perdido el equilibrio, no trates de detenerlo porque caerá sobre ti.

De lo que uno sufre y se calla se envenena el alma, y de lo que uno sufre y escribe se ilumina y enriquece la vida.

Abrigarse es malo y desabrigarse peor, por eso lo mejor es vivir en la intemperie.

A veces me quedo sobrecogido de ver lo largo que es un minuto y lo corta que es la vida.

Me gusta el desierto, el silencio de las alturas, oír el vuelo de las aves, comunicarme con el espacio, me gusta volar sin alas.

Malo es no valer para enseñar, pero peor es no valer para aprender. No es mejor maestro el que mejores lecciones sabe dar, si no el que mejores lecciones sabe recibir.

Si quien tiene mucho tiene muchas preocupaciones y quien tiene poco tiene menos de qué preocuparse, prefiero no tener nada para sentirme libre y enamorado.

Si Dios es producto del hombre, que el hombre asimile su obra.

Quien tiene el Don de luchar, tiene la fortuna de encontrar.

Quien se carga de razón suele olvidarse del amor.

Se critica por incapacidad, se actúa por inquietud.

Cuando se llega a cierta edad hay que saber torear el trabajo, la comida y los placeres.

Cuando veo una diminuta avecilla migratoria que hace miles de kilómetros para invernar, me pregunto ¿Dónde está la superioridad del hombre?

La comunicación es creación, la incomunicación destrucción.

El animal es superior a nosotros porque lo que él hace no necesita que se lo alaben.

Las riquezas y el trabajo bien repartidas, si quieres tener al pueblo sano y con alegrías.

Me gusta el Arte que pone los pelos de punta.

En mi aparente agresividad encierro en mi corazón, como el indio detrás de su rostro pintado y el hacha en la mano, una heroica defensa de mi pueblo y su cultura.

El arte es creación, dialogo y es dar el máximo de uno mismo, es que la obra sea uno mismo, que respire y sienta como tú. Eso es el arte.

La verdadera cualidad de una obra de Arte es el aurea, y eso solo lo consigue el que es un verdadero artista y solo entregándose, quedándose pegado en la obra.

Yo utilizo el barro para hacer mi obra como la golondrina para hacer su nido, nunca cojo mucho barro para no tener que quitar, voy poco a poco tejiendo mi obra como el gusano de seda.

Creo que el artista es parte de nuestra fauna que estamos perdiendo.

Si quieres la medida de un pueblo mide su arte. Y si quieres saber la medida de un hombre mide su inquietud.

Un pueblo puede ser rico por su agricultura o pesca, por su industria y vías de comercio, pero es más rico por su Arte. Hablo del cuerpo y del alma. Y que en el Arte de vivir entran todas las Artes.

Si nos quejamos de la deshumanización social ¿Cómo se puede defender la deshumanización del Arte?

A un artista o cantaor flamenco no se le corrige hablando, se le corrige cantando.

Me gusta que en la obra de Arte se dé la pureza del amanecer y la calidez del atardecer.

Hoy en el Arte se suele decir que no se puede estar haciendo siempre lo mismo, sin tener en cuenta al gran maestro que es el universo ¿Qué sucedería si la tierra u otro planeta jugaran a genios y dijeran? Hoy voy a cambiar mi recorrido. Sucedería con el universo exactamente igual que ha sucedido en el Arte.

Artistas incomunicados, artistas enfrentados y artistas enfrentados: Arte acabado.

El Arte empieza donde acabas tú. O, como decía Juan Belmonte, se empieza a torear cuando te olvidas del cuerpo. ¡Qué sabiduría y que gran filosofía!

Antes, cuando tenía que corregir una figura, rompía con violencia; hoy corrijo como el torero cuando cambia al toro de terreno, con mimo.

Quiero hacer con “el duende” lo mismo que hizo Salzillo con la santidad: motivar al pueblo, porque en el arte y en la vida, “el duende” y la santidad tienen la capacidad de sublimizar todo lo que se hace.

Sólo un proceso de estudio y trabajo nos lleva a la belleza.

La belleza es todo, es vida, amor, ternura, equilibrio, bienestar, felicidad, justicia, abundancia, comunicación, entrega, trabajo bien hecho, ritmo. Belleza es el máximo que cada hombre o mujer puede dar en su labor cotidiana.

La belleza es el punto o centro donde todo el mundo se comunica, sin necesidad de idioma y el color se funde.

La belleza es el fruto que mueve a la vida y al amor.

Belleza es limpieza en el alma y en las formas.

Belleza es aquello que nos conmueve y nos libera de las desdichas de este mundo y nos hace pensar en un mundo más acorde con nuestros nobles y bellos sentimientos.

Aprender de la Historia es ser maestro del futuro.

Si tuviéramos alma de gaviota nuestro mundo sería el universo para volar, y nuestro paraíso la tierra para amar.

(Poema escrito en la arena) me gusta ver la gaviota posada sobre el mar y contemplar su material silueta presta para volar, nadar, nadar, nadar, pero con la envidia de no poder volar.

Hoy he visto salir el sol nadando y la gaviota surcar el cielo volando, hoy es día para morir amando.

Hablar altera, es mejor escribir, que serena.

Volar es renunciar, renunciar es libertad, libertad es amar, es el triunfo del cielo sobre la tierra, del espíritu sobre la materia. Si el rico amara, todos seríamos libres, no hay mayor riqueza que la libertad, ni mayor libertad que el volar, quisiera ser gaviota para volar, quisiera ser gaviota para renunciar, si acaso, un nido para crear.

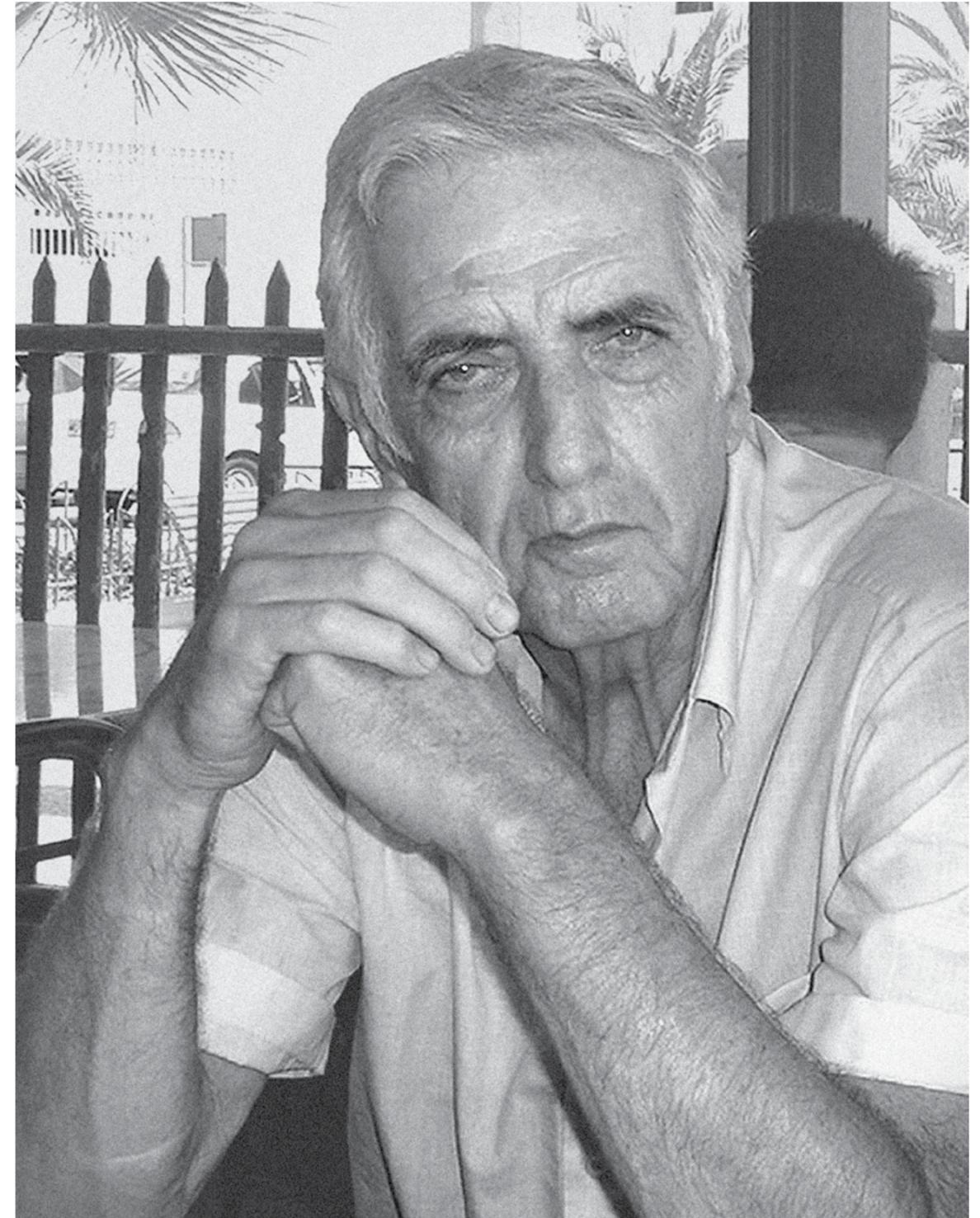
Para ser artista hay que trabajar mucho, pero a la hora de valorar el Arte, lo que menos cuenta es el tiempo.

Me gusta hacer las figuras largas porque me gusta pasear la vista de una forma estilizada y sentirme libre como en una sociedad equilibrada

¿Quién manda en nuestro ser?. ¿El instinto o la inteligencia? El instinto es la materia, y la inteligencia, el artista que transforma la materia. El instinto enseña a la inteligencia.

El arte es instintivo, nato, no se aprende, se cultiva.

V. Hernández Cruz





POR INSTINTO
JOSÉ HERNÁNDEZ CANO

